EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL GUERRILLERO,

ZARZUELA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON FEDERICO MUÑOZ,

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ARRIETA, CABALLERO, CHAPÍ, LLANOS Y BRULL.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1885.

AUMENTO A LA ADICION DE OCTUBRE DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Delirios de amor	1	D. José Soto	Todo.
Don Jaime en la glorieta	1	R. Bolumar	»
La culpa tenen las dones	1	R. Bolumar	»
La Rosa de Avapiés	1	Luis Bringas	»
Una capitulacion	1	Franc. Gomez Errúz	»
Un año más (revista)	1	M. Echegaray	Mitad.
El capitan Marin	3	Eusebio Blasco	Todo.
La peste de Otranto	3	José Echegaray	»
La victoria por castigo	3	M. Ortiz de Pinedo	»
Sin solucion	3	M. Echegaray	»

ZARZUELAS.

Á San Lorenzo	1	Sres. Bringas y Viaña	L. y M.
El matalafor	1	D. R. Cortina	M.
El mestre d'ascola	1	R. Cortina	M.
El país del fuego	1	L. Bringas	L.
El pollastre don Tadeo	1	R. Cortina	M.
El último tranvía	1	Sres. Blasco y Palacios	L.
La gatita del cura	1	Bolumar y Cortina	L. y M.
La parentela de Huisa	1	D. R. Cortina	M.
Lolilla	1	R. Cortina	M.
Los compañeros de Picio	1	R. Cortina	M.
Máscaras de la vida	1	Sres. Bolumar y Sabater	L. y M.
Mister Puff	1	D. R. Cortina	M.
Ó suegro ó difunto	1	R. Cortina	M.
Rode la bola	1	R. Cortina	M.
Un capitá de cartó	1	R. Cortina	M.
Un quid pro quo	1	R. Cortina	M.
Un actor por compromiso	1	Sres. Hidalgo y Perillan	L. y M.
El Guerrillero	3	Federico Muñoz	L.

EL GUERRILLERO.

EL GUERRILLERO,

ZARZUELA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON FEDERICO MUÑOZ,

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ARRIETA, CABALLERO, CHAPÍ, LLANOS Y BRULL.

Estrenada en el Teatro de APOLO al dia 9 de Enero de 1885.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, principal.

1885.

PERSONAJES. ACTORES.

PERSONAJES		ACTORES
ELENA	SRTA.	SOLER DI-FRANCO.
PILAR	SRA.	ROCA.
CÁRLOS	SR.	BERGES.
CUERVO		GUERRA.
EL CONDE		SOLER.
EL BARON		SUBIRÁ.
EL CAPITAN HUGO		SIGLER.

Guerrilleros, soldados franceses, aldeanos de ambos sexos y servidores del Conde.

La accion en las cercanías de Vitoria; año de 1815.

ACTO PRIMERO.

Salon bajo en una casa de campo de las cercanías de Vitoria: puerta grande al foro que da á un soportal con macetas y arbustos. Puertas laterales. Ventana en segundo término á la derecha. Muebles de época; una mesa ovalada á la izquierda, casi al fondo, llena de estuches con regalos, jarrones, etc. En varias sillas, trajes lujosos de mujer y dos maletas grandes abiertas con vestidos de hombre. En el respaldo de una silla un carrik.

ESCENA PRIMERA.

Van saliendo Aldeanos de ambos sexos por distintos lados, seguidos de los servidores del Conde: estos llevan en cestitas ó bandejas varios estuches de abanicos y joyas, que van colocando bien á la vista del público, sobre una de las mesas.

MUSICA.

UNOS. Segun ha dicho el Conde,
se acerca ya el Baron.

OTROS. Las galas coloquemos
con arte y con primor.

UNOS. Aquí los abanicos. (Colocándolos.)

OTROS. ¡Las joyas más acá! (Id.)

UNOS. Abrid bien los estuches.

OTROS. ¡Ya están! (Abriéndolos.)
OTROS. ¡Ya están!
OTROS. ¡Ya están!
TODOS. De las alhajas
la exposicion,
tiene un aspecto
deslumbrador.

—

(Se apartan á un lado para dejar que el público vea bien los objetos: despues vuelven á acercarse, observándolo todo.)

UNOS. ¡Qué hermosa pulsera!
OTROS. ¡Qué claros diamantes!
UNOS. ¡Qué lindas sortijas!
OTROS. ¡Qué ricos brillantes!
TODOS. ¡Magnífica boda!
¡Magnífica union!
ELLAS. ¡Quién fuera la novia!
ELLOS. ¡Quién fuera el Baron!
TODOS. ¡Viva de nuestra ama
la gracia gentil!
¡Que viva la novia,
mil años y mil!

ESCENA II.

DICHOS, el CONDE entrando por el foro izquierda seguido de dos criados con bandejas llenas de cajas de diferentes tamaños.

CONDE. ¡Gracias, amigos mios!
ALDEANOS. ¡Salud, Conde y señor!
CONDE. La casa está adornada
con gusto y con primor.
Entrad y en esa mesa
(Á los criados, que lo hacen.)
hoy por tercera vez,
las joyas y las galas
con júbilo estended.
ALDEANAS. ¡Traed!
ALDEANOS. ¡Traed!

¡Haremos que de un golpe
se vean todas bien!

CONDE. ¡Eso es! ¡eso es!
mis órdenes postreras
sumisos atended.

—

¡Yo soy el Conde de Valle-Umbrío,
rico dichoso, noble sin par,
y con el noble Baron del Cerro
á mi hija Elena voy á casar!
Él es muy rico, y ella es hermosa!
él es muy noble y ella tambien,
y de seguro es esta boda
un gran negocio para los tres.

ALDEANAS. ¡Lo es para ella!

ALDEANOS. ¡Lo es para él!

CONDE. Y me conviene
á mí tambien.

—

El dia quince del mes pasado
me escribió el novio que iba á venir,
y pasó un dia y una semana,
sin que sus pasos guiara aquí.
Volvió á escribirme que llegaría
el tres ó el cuatro del mes actual,
y chasqueados por vez segunda
dejó á la novia y al Capellan.

ALDEANAS. ¿Y hoy llega al cabo?

ALDEANOS. ¿Y hoy viene al fin?

CONDE. ¡Por vez tercera
lo anuncia así!

—

ALDEANAS. Ya está vestida
la prometida.

ALDEANOS. Joyas y galas
aquí se ven.

CONDE. Y los amigos
y los testigos,
dentro de un rato
vendrán tambien.

(Aparece Elena por la derecha.)

CONDE. Aquí está mi hija.
ALDEANAS. ¡Qué bella y gentil!
TODOS. Que viva la novia
mil años y mil!

ESCENA III.

DICHOS, ELENA con traje blanco y ramo de azahar.

ELENA. ¡Qué alegre está la casa!
¡qué rico está el salon!
todo está aquí de gala,
ménos mi corazon.
ALDEANOS. ¿Qué dice la Condesa?
CONDE. Tu voz ¿qué profirió?
ELENA. Que á mí no me interesa
que llegue el novio ó no.

—

Mi futuro es un hidalgo,
muy finchado y principal,
que se casa sin amarme
por mi nombre y mi caudal.
Como no hay en esta boda
ni cariño, ni pasion,
ni me apena su tardanza,
ni me alegra la funcion!
Que hoy llega.. muy bien!
que falta... mejor!
si está fresco él,
lo mismo estoy yo!
¡Sin que tal oprobio
me llegue á importar,
vestida y sin novio
me puedo quedar!

—

CONDE. ¡Esto es hija mia
una aberracion!
ALDEANOS. Bodas de esta clase
muy expuestas son.

—

ELENA. De ese esposo estrafalario
yo la espósa voy á ser,

pero sé perfectamente
que jamás le he de querer.
¡Y pues doy gusto á mi padre,
y esta boda no es de amor,
francamente, amigos mios,
¡cuanto más tarde mejor!
¡Qué es feo... bien va!
¡qué es tonto... está bien!
que no viene acá
por tercera vez.
Sin que tal oprobio
me llegue á importar,
vestida y sin novio
me puedo quedar.

CONDE. ¡Tenga, usted, señora,
más circunspeccion!

ALDEANOS. ¡Bodas de esta clase,
muy expuestas son!

HABLADO.

CONDE. Ya basta. Estos desahogos
no necesitan testigos.

ELENA. Pues sin testigos, no hay boda.

CONDE. Vendrán cuando sea preciso.
Ahora despejad: y apénas
se distinga en el camino
á mi yerno, prorumpid
en vivas de regocijo!

ALD.ª ¡Como no le conocemos!

ALD.º ¡Como nunca le hemos visto!

ELENA. ¡Es un señor que no puede
equivocarse: feísimo!
¡largo, largo, largo! (Con exageracion cómica.)

CONDE. (Con enojo.) ¡Elena!

ELENA. ¡Si es muy largo!

CONDE. (Á todos.) ¡Vamos, hijos;
que lleven á la capilla
flores; que enciendan los círios!

ELENA. Que toquen á muerto. (Con gravedad cómica.)

CONDE. ¡Elena!

Cuatro toneles de vino, (Á los Criados.)
en el pórtico... ¡Ah! que cambien
para echarlos á los chicos,
cinco ó seis duros en cuartos...

ELENA. ¡Papá, que esto no es bautizo!

CONDE. ¡Ah! ¡es verdad! Lo dejaremos
para más adelante: idos.
¡Basta!

ALD.os ¡Viva la Condesa!

ELENA. (¡Ay, que no venga ese tio!)

(Vánse los Criados y los Aldeanos de ambos sexos con la música de la introduccion.)

ESCENA IV.

ELENA, el CONDE.

CONDE. Ya estamos solos: despáchate
á tu gusto.

ELENA. ¡Yo no he dicho
nada!

CONDE. ¿Nada? Pues podías
ponerle más en ridículo.

ELENA. ¿Vendrá hoy positivamente?

CONDE. ¡Ya lo creo!

ELENA. ¡Padre mio!
estoy decidida.

CONDE. ¿Á qué?

ELENA. Basta de jugar conmigo.
Ya sabeis que no le quiero;
que por daros gusto admito
su mano: que en esta boda
voy á encontrar mi martirio,
y él su infierno. Que es probable
que hasta los remotos siglos,
nuestro matrimonio sea,
y así al cielo se lo pido,
un ejemplo escandaloso
de esposos desavenidos.
¡Vos lo quereis; adelante!
ya dos veces me he vestido,

y la boda no se ha hecho
con inmenso placer mio.
Como hoy por tercera vez,
sea cualquiera el motivo,
me desnudé sin casarme,
que no cuente más conmigo
el señor Baron del Cerro.
Le devuelvo los vestidos....
los collares, las pulseras.

CONDE. ¡El te ama!

ELENA. ¿Á tí te lo ha dicho?
¡pues á mí ni una palabra!
ni falta.

CONDE. Tú no le has visto
hace dos años.

ELENA. Y fué
tal la impresion que me hizo,
desagradable, se entiende,
que ni un momento le olvido.

CONDE. ¡Bien; pues yo sé que te quiere!

ELENA. ¡Qué feo es, padre mio!

CONDE. ¡Solo sueña en ser tu esposo,
veinte veces me lo ha escrito!

ELENA. Pues no se da mucha prisa.

CONDE. ¡Vamos! ¿tú te has ofendido,
porque ha dejado dos veces
de venir el dia fijo?. .

ELENA. ¡No, padre! ¡Si yo quisiera
que no viniese en un siglo!

CONDE. ¿Tiene él la culpa de estar
atajados los caminos
por unos y otros?... España
es una olla de grillos,
una confusion... un caos...
siempre lo fué, y yo te afirmo,
que en tanto que el mundo exista,
ha de ser siempre lo mismo!

ELENA. ¿Qué tiene que ver mi boda
con los negocios políticos?

CONDE. ¡Ahí es nada! Escucha atenta...

ELENA. ¿Para qué?

CONDE. Y grava en tu oido,

de la historia coetánea
de España el primer capítulo.
En mil ochocientos dos,
entraron nuestros amigos
los franceses; se llevaron
á Cárlos cuarto y su hijo,
y nos trajeron más tarde,
á regir nuestros dominios,
á José primero, hermano
del mayor mónstruo del siglo.
Los españoles formaron
ejércitos... aquí tiros,
allí navajazos... tropas,
guerrilleros, grandes, chicos,
todos pelearon!

ELENA. Todos...
menos tú!

CONDE. Y otros muchísimos,
que comprendiendo lo grave
de la lucha, decidimos
callar, y verlas venir,
como sábios precavidos.
Pasaron años; y Europa,
que arde en deseos vivísimos
de amparar nuestros derechos,
y embrollar nuestro conflicto,
para quedarse con algo,
cosa muy propia de amigos,
se concierta con nosotros,
y nuestras puertas abrimos
al inglés, y al portugués;
y cátate aquí metidos
cinco ejércitos valientes
bebiéndose nuestro vino,
quemándonos nuestras casas,
matándonos nuestros hijos,
y haciendo de España entera
un cementerio magnífico.
La cosecha de garbanzos,
nuestro alimento contínuo,
si no da para un ejército
¿cómo ha de dar para cinco?

Así es que el año pasado
vino el hambre, y repartimos
entre españoles, franceses,
ingleses, portuguesiños,
guerrilleros, diputados
de Cádiz, frailes Franciscos,
Jerónimos, Carmelitas,
Trinitarios y Benitos...
¡á tres garbanzos por hombre,
á dos lentejas por chico,
á seis palizas por barba
y á ochavo por individuo!
Esta es la historia completa,
más clara que el catecismo,
de mil ochocientos trece,
que es el año en que vivimos.

ELENA. ¡Pero todo eso!

CONDE. Y volvamos
á tratar de tu marido.

ELENA. ¿Para qué?

CONDE. ¡Su plan es este!
Ya sabes que ha remitido
el expediente de boda,
sus papeles, sus vestidos,
su equípaje entero... ¡Mírale!
(Señalando á las maletas.)
Llega hoy; se casa contigo
en el acto, pues que está
ya todo corriente y listo,
y nos vamos á Madrid,
huyendo de los peligros
de ver mi casa asaltada
por amigos y enemigos
constantemente. ¿Qué quieres?
El sobresalto contínuo
en que me ponen á un tiempo
vencedores y vencidos,
me tiene muerto de miedo.

ELENA. ¡Se conoce!

CONDE. Por lo mismo
hay que apresurar tu boda.
Si mi yerno por descuido

hubiera caido en manos
de los guerrilleros... ¡Hijo
de mi alma!

ELENA. ¡Qué gran dia
para mí!

CONDE. ¡Muchacha, juicio!
si no tienes amor, ten
un poco de patriotismo!

ELENA. ¡Qué lástima de paliza!

CONDE. Examina esos riquísimos
aderezos: ve probándote
ese collar; el anillo
de boda, mira el retrato
de tu novio.

ELENA. ¡Ya le miro!
¡Padre! parece un demonio,
y está muy favorecido! (Ruido de voces dentro.)

CONDE. ¡Qué rumor! ¡Él debe ser!

ELENA. ¡Él! ¡No hay remedio!

CONDE. Ese ruido...
(Mirando por la ventana.)
¡son soldados! se habrá hecho
escoltar por sus amigos...

ELENA. ¡Mísera de mí!

CONDE. ¡Adelante!
(Dirigiéndose al foro.)

ELENA. (¡Y este ha de ser mi marido!)
(Tirando el retrato.)

ESCENA V.

DICHOS, el CAPITAN HUGO y soldados franceses
que quedan en el foro.

MUSICA.

CAP. ¡El Conde de Valle-Umbrío?

CONDE. ¡Ese soy; ese soy!
¿Qué se ofrece, señor mio?

CAP. ¡Á eso voy; á eso voy!
Yo soy de esta compañía
inflexible capitan,

y á una órden del gobierno
cumplimiento vengo á dar.
Esta es la órden,
véala usted.
(Entregando un papel al Conde.)

CONDE. ¿Qué hay de mi yerno?
CAP. ¿Y yo qué sé?

—

CONDE. ¡Estoy absorto!
CAP. ¡Descansen! ¡Arm! (Á los soldados.)
CONDE. (¿Qué tropa es ésta?)
ELENA. Lee, papá.

—

CONDE. (Mientras lee la orquesta continúa pianísimo.) «Resuelto el gobierno de nuestro muy amado rey, José Bonaparte, á concluir de una vez con las partidas de guerrilleros que infestan el país y hacen contínuas bajas en las guarniciones francesas; y sabiendo que algunos, llamados oficiales de las disueltas guerrillas del traidor Mina, se esconden fugitivos y errantes en las quintas y caseríos de los alrededores de Vitoria, ordeno al Capitan Hugo que registre escrupulosamente dichas viviendas; se apodere de los guerrilleros que encuentre y los pase por las armas inmediatamente, sin formacion de causa.»

ELENA. ¡Órden cruel! (Siguen cantando.)
CONDE. ¡Qué atrocidad!
CAP. ¡Venga el papel
y á registrar! (Recogiendo la órden.)

—

CONDE. Soy constante admirador
del egregio rey José,
y seguro servidor
del ejército francés.
¡Esta casa registrad
segun es vuestro deber,
y coged y fusilad
al traidor que en ella esté!

ELENA. De tan bárbaro rigor,

de medida tan cruel,
sentirá todo el horror
el ejército francés.
Si la guerra se hace así,
represalias vendrá á haber,
y hasta echarle del país
no habrá tregua ni cuartel.

CAP. Acabar es lo mejor
con los pillos de una vez,
y que sufran el rigor
del ejército francés.
Si por esta vecindad
á uno de ellos llego á ver,
le fusilo sin piedad
como dos y una son tres.

—

CONDE Y ELENA. Ninguno aquí
se ha de esconder.

CAP. Yo cumplo así
con mi deber.

CONDE. Vuestra de hoy más
mi casa es.

CAP. No está demás;
registrar bien!

(Varios soldados se van por distintas puertas á una seña del Capitan.)

HABLADO.

ELENA. ¡Órden terrible!

CAP. La guerra
para todo da motivo.

ELENA. ¡Matar á los indefensos!

CONDE. ¡Bien hecho, son enemigos!...

ELENA. ¡Padre!

CONDE. ¡No hay padre que valga!

ELENA. Pero señor.

CONDE. ¡Cuatro tiros!

CAP. Justo. De ejército á ejército,
vencedores y vencidos;
pero de tropas formales,
á esas partidas de pícaros,

que en escaramuzas sueltas,
no dejan un francés vivo
y que en España mantienen
de rebelion el espíritu,
no puede haber concesiones.
Guerrillero que sea habido,
fusilado.

ELENA. ¡Guerra eterna,
la vuestra entónces! ¡El hijo,
vengará al padre: el hermano
al hermano!...

CAP. ¡Cómo!

CONDE. Oidos
no dé usted á esta chiquilla
sin experiencia y sin juicio.
¡La ley es ley: obediencia
al poder constituido!
(¡Tú quieres comprometernos!) (Á Elena.)
¡Somos harto conocidos
en el país; las ideas
del Conde de Valle-Umbrío
son las modernas!... Yo soy
francés á macha-martillo,
y mi hija es afrancesada...

ELENA. ¡Yo, padre!

CONDE. Y la caso hoy mismo.

CAP. ¡Ah!

CONDE. Con el Baron del Cerro,
que es pariente del ministro
de Estado del rey José.

CAP. Siento haber interrumpido
con mi llegada esa fiesta...

CONDE. Aún no hemos dado principio
á la funcion. Esperamos
de un momento á otro á mi ínclito
yerno. Ya está vestida
la novia: ved extendidos
los regalos... ¡Cosa buena!
el Capellan prevenido,
la capilla preparada,
y dispuestos los testigos...
Si quereis ser uno de ellos...

quedaos aquí, yo os invito.

CAP. ¡Acepto el honor, si es pronto la ceremonia!...

CONDE. Ahora mismo; en cuanto llegue mi yerno.

CAP. (Es este Conde tan fino y tan amable, y su hija tan reservada...) Repito que usted perdone; más voy á terminar el registro...

CONDE. Toda mi casa está abierta, y quiero hacer por mí mismo los honores.

CAP. ¡No hace falta!

CONDE. ¿Cómo que no? El deber mio es dar ejemplo...

CAP. (Resistiéndose.) Con todo...

CONDE. ¡Quédate aquí! (Á Elena.)

CAP. ¡No permito!

CONDE. ¡Si llega el Baron, que avisen en el acto!

CAP. Prevenidos tengo ya á mis centinelas para que dejen solícitos entrar aquí á cuantos lleguen; salir, á nadie.

CONDE. ¡Entendido! perfectamente dispuesto. Vamos.

CAP. (¿Si será ficticio este ardimiento? ¡Tengamos cuidado!) (Saluda á Elena.)

CONDE. ¡Usté, amigo mio! (Indicándole que pase primero.)

CAP. Señor Conde... (Como sea traidor!...)

CONDE. Vamos.

CAP. (¡Le fusilo!)

(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

ELENA.

¡Desdichado el Guerrillero
que se esconda en estos sitios!
¡Qué crueldad! ¡Maldita guerra!
¡pobres madres! ¡Cuántos hijos
por libertar á su pátria
de este yugo aborrecido
habrán perdido su vida,
sin gloria, ni humano auxilio!
¿Cuándo acabará esta lucha
implacable?... Siento ruido...
será ya el Baron, ¡Dios Santo!
¡me casé!... ¡Ya no hay arbitrio!

ESCENA VII.

ELENA, PILAR vestida de colegiala. CUERVO vestido de negro. ALDEANOS de ambos sexos por el foro.

MUSICA.

ALDEANOS. Entremos, entremos,
por aquí estarán.
ELENA. ¿Qué miran mis ojos?
PILAR. ¡Elena!
ELENA. ¡Pilar! (Abrazándose.)
¡Mi hermana! ¿qué es esto?
CUERVO. ¡Un lance fatal!
ELENA. Que avisen al Conde...
PILAR. ¡En salvo estoy ya!

—

ELENA. ¡Tú en casa, hermana mia!
¡tú fuera del convento!
ALDEANOS. ¡Qué lance tan extraño!
CUERVO. ¡Y qué acontecimiento!
ELENA. Dí pronto lo que ocurre...

ALDEANOS. Sepamos la verdad.
CUERVO. ¡*Asperges me hisopo*!
PILAR. ¡Creí no verte más!

—

Cantando estábamos vísperas
ayer con gran devocion,
cuando en el coro penetra
la hermana Circuncision.
¡Huyendo viene del torno
y tras ella ¡qué impiedad!
tres hombres piden amparo,
y muy guapos en verdad.
Eran españoles,
eran Guerrilleros,
y los perseguian
los franceses fieros:
pidiendo socorro
allí penetraron,
forzaron las puertas,
los claustros hollaron,
y en torno á nosotras
con viva ansiedad,
pedian de hinojos
amparo y piedad.

CUERVO. Cesaron los cantos
y el *Dominus tecum*;
al cuarto del órgano
los fuimos metiendo:
las madres lloraban,
las niñas corrían,
aquellos valientes
¡qué cosas decían!
el Padre rezaba
el «yo pecador,»
y todo era espanto
y ruido y horror!

—

ELENA y ALD.as Sigue, hija mia,
tu relacion;
tan triste escena
¿en qué paró?

—

PILAR. Rompiendo puertas y rejas
y ébria de sangre y furor,
la soldadesca extranjera
de nuevo al Santuario holló.
Lograron los Guerrilleros
salvarse por un desvan,
y burlados los franceses
la iglesia intentan quemar.
¡Fuego á los altares
prenden desalmados;
por los claustros corren
monjas y soldados;
la menos valiente
salvarse procura,
ya no se respetan
celdas ni clausura;
y al rezo reemplazan,
y al santo fervor,
blasfemias y tiros
y llamas y horror!

CUERVO. Yo grito á las madres.
«¡Huid de los malos!»
¡y aquellos bandidos
me atizan dos palos!
Sor Clara les grita;
«¡Basta ya de excesos!»
y un granaderazo
le da cuatro besos:
¡y al pozo se tiran
temblando de horror,
la madre abadesa
y el padre rector!

ELENA Y ALD.as ¡Qué desventura!
¡qué situacion!
¡aquí estais libres,
gracias á Dios!

CUERVO. ¡Ay! ¡San Caralampio!
¡Ay! ¡Vírgen María!
¡Ay! ¡San Homobono!
¡Ay! ¡Santa Lucía!
¡Todos te pedimos
con gran interés,

no quede en España
vivo, ni un francés!
CORO. ¡Ay! ¡San Caralampio!
etc., etc.

HABLADO.

ELENA. De modo, hermana ..
CUERVO. De modo
que á empellones y á amenazas
á las monjas arrojaron
de su templo y de su casa.
Todas por los campos huyen
cual palomas desbandadas,
miéntras el santo convento
al cielo eleva sus llamas.
¡*Dies iræ, dies illæ*!
para esa infame canalla:
de nada valen las tocas,
de nada sirven las faldas.
¡Trabucazo y tente tieso!
¡yo juro que han de pagármelas!
ELENA. ¡Ah! ¡qué susto habrás pasado!
PILAR. Cuando temí que encontraran
á los fugitivos, mucho;
pero despues se trataba
solo de huir, y es tan dulce
la libertad y mis ganas
de salir de aquel encierro
insoportable, eran tantas,
que francamente, he corrido
hasta llegar á mi casa,
trayendo al hermano Cuervo
á remolque, más ufana,
más ligera que una liebre
cuando corriendo se escapa
cerro arriba, de los perros
que la ven y no la alcanzan!
CUERVO. *Pater noster qui est in cœlis* (Rezando.)
ELENA. Id y avisad sin tardanza

á mi padre. (Á los Aldeanos.)

ALD.^{os} ¡Bien venida,
señorita! (Yéndose.)

PILAR. ¡Muchas gracias!

ESCENA VIII.

ELENA, PILAR, CUERVO.

ELENA. ¡Es preciso que te quites
ese traje; y estás guapa
con él; has crecido mucho!

PILAR. ¿Sí? Dios te lo pague, hermana;
pero prefiero uno tuyo;
este gorro y esta falda
me apestan.

ELENA. ¡Hermana mia!
¡qué lenguaje!

PILAR. ¡Pues me cargan,
me disgustan, me revientan...
elige tú la palabra!

ELENA. ¡Pilar!

PILAR. ¡Mis diez y seis años
piden mundo, gentes, galas,
alegría, amor!

ELENA. ¿Pues sabes
que serías una santa
en el convento?

PILAR. ¿Qué quieres?
Siempre estaba á pan y agua
por atrevida, ó con doble
trisagio por temeraria;
ó en el cepo por reñir
con todas las educandas
mis compañeras. ¡Que Cuervo
te cuente!...

ELENA. ¡No; basta, basta!

PILAR. ¿Y qué es esto? Flores, joyas,
(Registrando la escena.)
¿pero qué miro? ¿Te casas?
¡sí! ¡no hay más! ese vestido...

ELENA. ¡Me caso! (Con tristeza.)

PILAR. ¡Santa palabra!
¿Y la dices de ese modo?
si fuera yo...
ELENA. (Interrumpiéndola.) ¡Vamos, calla!
PILAR. ¿Y tu futuro, es muy guapo?
¿tiene bigote? me encantan
á mí los hombres que llevan...
¿es jóven? ¿es rico? ¡habla!
ELENA. ¡Ay, Pilar!
PILAR. ¡Mala me he puesto!
ELENA. ¡Yo sí que me he puesto mala!
¡Es viejo, es feo, es horrible!
PILAR. ¿Qué dices?
ELENA. Y por postdata
es afrancesado!
PILAR. ¡Cómo!
un enemigo de España,
un franchute!
CUERVO. *Vade retro!*
Satanás!
PILAR. ¿Y no rechazas
esa boda? Tú no tienes
sangre en las venas!
ELENA. Se trata
de dar gusto á padre!
PILAR. Eso,
lo veremos!
ELENA. (Sorprendida.) Qué!
PILAR. ¿Y tú amas
quizá á algun otro?
ELENA. No!
PILAR. Vamos,
del mal el ménos.
ELENA. Si amara,
no daría yo mi mano
tan fácilmente!
PILAR. Qué lástima!
Esa boca para un viejo,
ese talle para un facha,
esos ojos para un quidan,
para un vejete esas gracias,
habiendo cada buen mozo

que tiembla el mundo!

ELENA. Muchacha!

PILAR. Si hay cada español! Si vieras
á uno de los que buscaban
ayer en nuestro convento
su salvacion! Frente ancha...
ojos negros... tez morena...
veinticinco años; espada
al cinto... pelo rizado!
boina y galones de plata;
algo caido á la izquierda,
como diciendo: «Esta planta
servirá para algo?» En fin,
un hombre como Dios manda!

ELENA. ¡Pilar!

PILAR. Como á mí me gustan!
un Guerrillero que...

ELENA. (Interrumpiéndola.) Calla!

PILAR. ¿Pues qué hay?

ELENA. Que está de soldados
franceses llena la casa!

PILAR. ¿Qué?

CUERVO. ¡Caracoles!

ELENA. Persiguen
con el jefe que los manda
de órden del Gobierno, á todos
los Guerrilleros; y si hallan
á alguno en los caseríos
le fusilan.

CUERVO. ¡Santa Bárbara!
Conturbata anima mea!

PILAR. ¿Y nuestro padre?

ELENA. Proclama
su adhesion al rey José.

CUERVO. (Ah, pillo!)

ELENA. Cree que la causa
española está perdida;
y hasta busca en mi alianza
el medio de ir á la córte
á servir al Rey.

PILAR. ¡Bien haya
el fuego de mi convento!

Yo voy á arreglar la casa!

CUERVO. Dios nos coja confesados!

ELENA. ¿Qué dices?

PILAR. ¡Que no te casas!
que no vamos á Madrid,
y que aquí desde mañana
sólo ha de haber una voz...
la mia!

CUERVO. ¡Hombre!

PILAR. (Gritando.) Y viva España.

ELENA. ¡Calla! (Aterrada.)

CONDE. (Dentro.) ¿Dónde está?

PILAR. ¡Mi padre!
aquí estoy! vamos, hermana,
á su encuentro! Cuervo, espérame.
(Sale corriendo. Elena la sigue.)

CUERVO. Esta chica es una alhaja!

CONDE. Hija mia! (Dentro.)

PILAR. Padre! (Idem.)

CUERVO. Diablo
de gente! Estemos en guardia!

ESCENA IX.

CUERVO.

Conque el padre de Pilar,
segun parece, es un mándria
esclavo del francés; conque
el futuro de su hermana
es otro pillo! conque
los criados de la casa
son cobardes ó cómplices
de la extranjera canalla?
Estoy entre buena gente!
Cuervo, ya que así me llaman
los mios, mucho ojo. . hijo!
que si bajo tu sotana
pescan al que los socorre
con municiones, con armas,
con avisos, ¡te escabechan!
Si fueran pocos, volaba

al primer puesto... veniamos
al valle, y en emboscada,
esperándolos de noche,
no quedaba ni uno. ¡Vaya!..
yo me atrevo; si mi padre
Capellan salió del agua,
estará ya en su guerrilla,
y si yo escapar lográra
de aquí, daría el aviso...
¡*Dóminus mecum*! Audacia!
(Váse rápidamente por el foro.)

ESCENA X.

CÁRLOS, vestido segun le describe Pilar en la escena con Elena. Entra por la ventana de la derecha; á poco ELENA por la izquierda.

MUSICA.

CARLOS. Por fin me salvé...
ninguno me vió!
aquí encontraré
refugio mejor!
Siguiéndome van,
(Mirando por la ventana.)
perdiéronme á fé!...
En salvo estoy ya...
no hay nadie!...
(Mirando por la escena.)
ELENA. (Sorprendida al verle.)
¡Ah! ¿quién es?
CARLOS. ¡Silencio!
(Queriendo cogerla la mano.)
ELENA. ¡Apartad!
CARLOS. ¡Ni un grito, por Dios!
ELENA. ¿Qué es esto?
CARLOS. ¡Piedad!
¡y oid quién soy yo!

Español y guerrillero

me han llegado á sorprender,
y por estos caseríos
voy huyendo desde ayer.
Ahora aquí sin que me vieran
he logrado penetrar,
y dichoso es mi destino
si en usted mi vida está.

ELENA. En mi casa encontraría
carídad y proteccion,
que española tengo el alma
y cristiano el corazon.
Pero en este instante mismo
los franceses aquí están,
y ocultarle es imposible
y dificíl escapar.

—

CARLOS. ¡Aquí *mis enemigos*! (Sorprendido.)

ELENA. Os van á sorprender.

CARLOS. ¡Yo juro que muy cara
mi vida venderé!

ELENA. Busquemos un recurso.

CARLOS. ¡Me canso ya de huir...
dejadme, pues el cielo
hoy me abandona así!

—

Por mi madre bendecida,
por mi pátría idolatrada,
exponer supe mi vida
y mi sangre derramar.
Si mi causa está perdida
y mi pátria esclavizada
¿para qué quiero la vida,
para qué quiero luchar?

ELENA. Esa madre tan querida
y esa pátria idolatrada,
necesitan que su vida
hoy logremos conservar.
Ni su causa está perdida,
ni su pátria abandonada;
esa espada y esa vida
hoy por mí se salvarán.

HABLADO

CARLOS. ¡Oh! ¡déjeme usted partir!
ELENA. ¡Imposible; hay centinelas
que dejan entrar á todos
aquí, sean los que sean,
más salir, á nadie!
CARLOS. ¿Y qué hacen
en esta casa?
ELENA. Sospechan
que usted y sus compañeros
están ocultos en ella,
y la registran ahora
con mi padre. La primera
precaucion es que usted cambie
de traje: que oculte esas
insignias.
CARLOS. ¿Y cómo?
ELENA. Aquí,
gracias á la Providencia
hay recursos.
(Acercándose al equipaje del Baron.)
CARLOS. ¡Oh! yo...
ELENA. ¡Pronto!
Este carrik.
(Dándole el que estaba sobre la silla.)
CARLOS. Si pudiera
evitar á usted...
(Poniéndoselo sobre su traje.)
ELENA. ¡Aprisa,
por Dios! (Ayudándole.)
CARLOS. Mas si aquí me encuentran,
aunque usted quiera salvarme
no acierto...
ELENA. ¡Silencio!
(Corriendo al foro á observar.)
CARLOS. (¡Bella
criatura!) (Contemplándola.)
ELENA. (¡Virgen mia! (Bajando.)
la caridad me lo ordena.)
¡Defiéndeme tú!

CARLOS. (¿Qué dice?)
ELENA. Su nombre. (Con decision.)
CARLOS. ¡Cárlos Villegas!
ELENA. ¡Su pátria?
CARLOS. ¡Bilbao!
ELENA. ¿Me jura
por su salvacion eterna
respetar mi honor?
CARLOS. ¡Lo juro!
pero comprender quisiera...
ELENA. Venga usted.
(Cogiéndole de la mano. Al dirigirse los dos á la derecha sale el Conde.)

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. (Asombrado.) ¿Qué es lo que miro?
ELENA. Mi padre.
CONDE. ¿Qué es esto, Elena!
¿quién es ese hombre?
ELENA. ¡Silencio,
padre!
CONDE. ¡Pues esta es más negra!
¿Cómo silencio?
ELENA. ¡Es un pobre
Guerillero!
CONDE. ¡Zapateta!
¡Aquí! ¡Capitan! (Llamando.)
ELENA. (Deteniéndole.) Si quieres
que caiga á tus plantas muerta,
llama á los franceses.
CONDE. (Sorprendido.) ¿Cómo?
ELENA. No sabes que si le encuentran
le fusilan?
CONDE. ¡Muy bien hecho!
ELENA. ¿Qué dices?
CONDE. Que no se meta
á luchar con los que vencen!
ELENA. ¡Pero, padre!
CONDE. No me vengas

con cuentos: que huya si puede.
ELENA. ¡Pero si esta casa cercan
los soldados!
CARLOS. ¡Señorita,
basta!
CONDE. ¡Yo he dado mil pruebas
de adhesion á mi partido!
¡soy afrancesado! (Alzando la voz.)
ELENA. Deja
de caluniarte á tí mismo:
si lo eres, sólo es por fuerza.
CONDE. ¡Justo! ¡pues por fuerza... ahorcan!...
CARLOS. ¡Adios! (Queriendo marcharse.)
ELENA. ¡No! (Deteniéndole.)
Nuestra conciencia,
nuestra religion, nos manda
ampararle.
CONDE. ¿Y cómo?
ELENA. Deja
que yo le esconda.
CONDE. ¡Tú!
CARLOS. ¡Basta!
¡por Dios!.. Si despues me encuentran
oculto, no sólo en mí
cebarán su rabia ciega,
sino en ustedes.
ELENA. ¿Qué?
CONDE. ¿Cómo?
CARLOS. ¡La órden es cruel; es fiera!
Pena de la vida, á todos
los Guerrilleros ..
CONDE. (Con naturalidad.) La guerra...
CARLOS. Y al dueño del caserío
que los oculte, ¡igual pena!
CONDE. ¿Cómo? (Temblando de miedo.)
CARLOS. ¡Será fusilado
por cómplice!
CONDE. ¡Ábrete, tierra! (Aterrado.)
¡Fuera de aquí! (Á Cárlos.)
ELENA. ¡Padre!
(Aparecen los soldados franceses por distintas puertas.)

CARLOS. (Viéndolos.) ¡Es tarde!
ELENA. ¡Aquí están!
CONDE. ¡Maldito seas! (Por el Capitan.)

ESCENA XII.

DICHOS, el CAPITAN HUGO.

CAP. ¡Señor Conde!
CONDE. ¡Capitan! (Turbado.)
CAP. ¡Doy á usted la enhorabuena!
CONDE. (¡Qué oportunidad!) Celebro...
CAP. Se acabó nuestra tarea
felizmente; pues si hubiese
encontrado en su vivienda
á un fugitivo...
CONDE. ¡Si... es claro!
Pum! (Riendo por fuerza.)
CAP. ¡Eso es! y aunque con pena
á usted tambien... pum! (Riendo.)
CONDE. (Cayendo en una silla.) (¡Soy muerto!)
CAP. ¡Qué es eso!
CONDE. (Temblando.) Nada... las piernas.
CAP. Pues eso... ¿Quién es ese hombre?
(Viendo de pronto á Cárlos.)
ELENA. ¿Este? (Aturdida.)
CONDE. (¿Por qué no le ciegas, (Levantándose.)
Señor?) ¿Este?
CAP. ¡Si tal; ese!
CONDE. ¡Pues hombre! ¡Si eso á cualquiera
se le ocurre! (Sin saber qué decir.)
CAP. ¡Ah! ¿es el futuro
que esperaban?
CONDE. (Gran idea.)
ELENA. Si señor; mi prometido,
(Despues de haber ido á la mesa y coger unos papeles que hay en ella y dándoselos.)
el Baron del Cerro: llega
ahora mismo de viaje.
¡Ved sus papeles en regla!
ahora íbamos á casarnos...
el capellan nos espera

y con permiso... (Queriendo llevarse á Cárlos.)
CAP. ¡Tendré
á gran honor que usté quiera
aceptarme por testigo
de su boda!
CONDE. ¡Y él acepta!
Dentro de unos dias...
CAP. (Sorprendido.) ¡Cómo!
¿pues qué? ¿ya no se celebra
en el acto?
CONDE. ¡Eso creíamos!
Mas como el novio se encuentra
cansado...
CAP. ¡Hola!
CONDE. ¡Muy cansado!
destrozadísimo; y esa
no es circunstancia oportuna
para casarse...
CAP. (Sorprendido.) ¡Ah!
ELENA. (Aparte al Conde con rapidez.)
(¡Sospecha
sin duda: estamos perdidos
si vacilamos!)
CAP. Quisiera
ver si usted me lo permite...
¡es mi deber! estas pruebas
de su personalidad...
(Desdoblando los papeles y empezando á leer.)
ELENA. Ya habeis visto...
CONDE. ¿Puede haberlas
mayores que darle mi hija
en matrimonio?
CAP. ¡Si esa
ceremonia se hace al punto,
forzoso es que me convenza,
mas si se retarda! (Vuelve á leer.)
ELENA. (Ap. al Conde.) (¡Padre!)
CONDE. (¿Pero muchacha, qué intentas.)
ELENA. (¡Salvarte la vida!)
CONDE. (Gracias.)
ELENA. Capitan, estoy dispuesta.
CAP. Llamad á todos.

CONDE. (En voz muy baja.) ¡Muchachos,
aquí! no me oyen...
CAP. Si apénas
alza usted la voz. ¡Muchachos! (Gritando.)
CARLOS. (Señorita, esta comedia
es imposible.)
(Aparte con rapidez á Elena, mientras el Capitan está en el foro llamando.)
ELENA. (Le salvo
á usted la vida con ella.)
CONDE. (Justo, nos salvas la vida,
pero casada te encuentras
con no sé quién, y el Baron,
¿qué dirá cuando lo sepa?
ELENA. (Si yo no le amo y soy libre...)
CARLOS. (Yo tambien, ¡y si esto fuera
verdad, yo juro adorarla
eternamente.) (Baja el Capitan al proscenio.)
ELENA. (Qué observa!)
CAP. (¿Qué secretos serán esos?) (Observándolos.)
(Entran algunos servidores del Conde.)
CONDE. Á ver: que tengan dispuesta
la capilla. (Es necesario
evitar toda sospecha.)
(¡Ay Dios!)
(Vánse los criados ménos una aldeana, que entra por la primera derecha y saca la corona de azahar y el velo.)
CARLOS. (¡Sálvese hoy su padre! (Á Elena.)
¡Esta union no la condena
á ser mi esposa! Mañana
solicita usted con pruebas
el divorcio. ¡Ha habido error
de persona!)
ELENA. (¿Sí?)
CARLOS. (Y la iglesia
admite ese impedimento
dirimente.)
CAP. (Con impaciencia.) ¡Vamos!
CONDE. (Al Capitan.) Dela
usté el brazo.
CAP. (Dándosele.) Tanta honra...

(Era injusta mi sospecha.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PILAR por la izquierda.

PILAR. Aquí estoy ya.
CONDE. (Viéndola.) (¡Cielo santo!)
ELENA. ¡Ay! ¡mi hermana!
CONDE. (¡Esta es más negra!)
¡Mi otra hija! (Presentándola al Capitan.)
CAP. (Saludando.) ¡Señorita!
PILAR ¿Qué sucede?
CONDE. ¿Qué? que llegas
á tiempo: verás la boda
de tu hermana.
PILAR. ¿Cómo? ¿Elena,
llegó ya el novio?
CONDE. El Baron,
(Presentando á Cárlos.)
tu cuñado.
PILAR. (Quién creyera...)
(¡Él!) (Reconociéndole.)
ELENA. (¿Le conoces?)
PILAR. (Es uno
de los Guerrilleros...)
ELENA. (¡Cesa
por Dios!)
(Empiezan á entrar varios Aldeanos de ambos sexos
por el foro.)
PILAR. (¡El más guapo!)
ELENA. (Suplicante.) (¡Calla!)
CONDE. ¡Música! ¡música! (Á los Aldeanos.)
CARLOS. (¡Es ella,
(Reconociendo á Pilar.)
la educanda ó la novicia
que me amparó ayer!)
ELENA. (Con rapidez á Pilar.) (¡Prudencia!)
CAP. ¡Vamos: en marcha, señores!
CONDE. ¡Música!
PILAR. (¿Qué farsa es esta?)
CONDE. (¡Entre la cabeza y la honra

lo primero es la cabeza!)

MUSICA.

ALDEANOS. ¡Viva de nuestra ama
la gracia gentil!

TODOS. ¡Que vivan los novios
mil años y mil!

(Vánse por el foro, Elena del brazo del Capitan; Pilar del de Cárlos: el Conde en medio y precedidos y seguidos de los Aldeanos y servidores del Conde.)

ESCENA XIV.

Cuervo por la izquierda; á poco el Baron por el foro derecha. Sigue la música.

CUERVO. Esos tunos, no dejan
á nadie salir:
si mi nombre averiguan,
¿qué va á ser de mí?
¡Si me cogen las tropas
de Napoleon,
no me salva el manteo,
ni el *Kirie-ley-son*!

BARON. ¡Quien viaja en España
(Cubierto de armas.)
en la época actual,
debe llevar consigo
todo un arsenal!
¡y por eso hoy adorno
mi traje civil,
con pistolas, machete,
espada y fusil!

CUERVO. (¿Quién es este guerrero
que trae una armería?)

BARON. (¿Quién es este tintero,
que huele á sacristía?)
Felices, señor mio... (Saludándole.)

CUERVO. ¡Su atento servidor! (Id.)

BARON. ¡Soy el Baron del Cerro!
CUERVO. Pues no tengo el honor...
BARON. Anuncie usted al Conde
que ya está aquí el que espera.
CUERVO. (¡Yo creo que se esconde
por no verle siquiera!)
BARON. Yo vengo aquí á casarme.
CUERVO. (¡Pobrecita mujer!)
BARON. ¿Adónde está esa gente?
CUERVO. ¡Pues vaya usted á saber!

(Se oye la campana de la capilla de cuando en cuando.)

BARON. De la capilla la campana
mi alegre boda anuncia ya,
y en esos trajes y esas joyas
de nuestro bien la prueba está.
¡Estas guirnaldas y estas flores
puestas están á mi intencion;
y ya la novia està impaciente
por recibir la bendicion!
Da rienda á tu alegría,
ensancha el corazon.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
¡ay! ¡pichoncita mia!
¡aquí está tu pichon!

—

CUERVO. (Con sesenta años á la cola
y con tu facha de Mambrú,
todos sabemos lo que espera
á los maridos como tú.
Linda y alegre y vivaracha
es la hermanita de Pilar,
y viejo y feo y mamarracho
es el marido que la dan.
En estos matrimonios
¿qué suele suceder?
Decir ántes del *Gloria*
el *Ite misa est.*

—

ALDEANOS. (Dentro.) Que vivan los novios, etc.

ESCENA XV.

DICHOS, ELENA, PILAR, CÁRLOS, el CONDE, el CAPITAN, ALDEANOS y SOLDADOS que quedan en el foro.

CUERVO. ¡Ya viene todo el mundo!
CAP. La boda se hizo ya.
CARLOS. (¿Por qué no es esto cierto?)
ELENA. (¡En salvo al fin está!)
CAP. Que sea enhorabuena. (Á Elena.)
ELENA. ¡Mil gracias, Capitan!
CAP. ¡En marcha ya nosotros! (Á los Soldados.)
CARLOS y ELENA. (Se van.)
PILAR y CONDE. (Se van.)
ALDEANOS y CUERVO. (¡Se van!)
CUERVO. (¡Qué veo! ¡nuestro jefe!)
(Reconociendo á Cárlos.)
CARLOS. (Es Cuervo.) (Viéndole.)
BARON. (¡Pues señor!
en mí nadie repara,
si no me anuncio yo!)
CUERVO. (¡Si alguno nos conoce (Ap. á Cárlos.)
finiquitati sunt!...)
CARLOS. (Silencio.)
BARON. (Adelantándose.) Señor Conde,
yo soy...
CAP. (Despidiéndose.) ¡Agur!
TODOS. ¡Agur!
CAP. (Reparando de pronto en el Baron y bajando al proscenio.)
¡Poco á poco! ese traje, esas armas...
CONDE. (El Baron!!) (Conociéndole.)
ELENA. (¡El Baron, trance fiero!) (Id.)
BARON. Señor Conde...
CAP. (Apoderándose del Baron.)
Pesqué á un Guerrillero,
y á pagar vá por todos aquí.
SOLDADOS. ¡Muera! ¡muera!
BARON. (Defendiéndose.) Yo soy, señor mio...
CAP. Al Consejo de guerra al instante.
BARON. Yo protesto.

CAP. ¡Silencio: tunante!
CUERVO. ¡Con las tropas de Mina le ví!
¡Logró escapar con otros
ayer de mi convento!
BARON. ¿Qué dice ese monago?
CUERVO. ¡Ya es vano el fingimiento!
CAP. En marcha.
(Á los Soldados que sujetan al Baron.)
BARON. ¡Señor Conde
decid quién soy aquí!
CONDE. ¡Pues... me es desconocido!
(Obedeciendo á una seña de Pilar y Elena.)
ELENA. ¡Y á mí!
PILAR. ¡Y á mí!
ALDEANOS. ¡Y á mí!

—

CAPITAN y SOLDADOS. ¡Ya cayó, ya cayó, ya cayó!...
morirá, morirá, morirá,
si con otros ayer nos burló!
hoy su justo castigo tendrá.
CUERVO. (Nuestro jefe por fin se salvó
y escapar de estos tunos podrá;
á los nuestros aviso doy yo
y esta noche con ellos está.)
CARLOS. (La mujer que mi vida salvó
dueño eterno de mi alma será,
y esta mano que el cielo me dió,
mi cariño sin fin ganará.)
CONDE. (De este embrollo salir no sé yo
y mi fin yo no sé cual será.
Hoy dos yernos el cielo me dió
sin ninguno me voy á quedar.)
ELENA. (¡Si esta mano su vida salvó
hoy unida á la suya está ya!
¡Su memoria en mi pecho quedó!
Sólo Dios arrancarla podrá.)
PILAR. (El vejete franchute cayó,
y escaparse ese jóven podrá.
Si hoy unido á mi hermana quedó
pronto el cielo dichoso le hará.)
BARON. ¡No soy yo, no soy yo, no soy yo!
el que busca esa chusma procáz,

y los viles que ahogan mi voz,
¡oh! ¡qué caro lo van á pagar!

ALDEANOS. ¡Si es franchute ese viejo bribon!
y franceses le van á matar,
quiera Dios, quiera Dios, quiera Dios,
¡que ninguno lo pueda contar!

(Los soldados franceses, mandados por el Capitan, se llevan por el foro al Baron. Cárlos, Elena, Pilar, el Conde y Cuervo forman un grupo. Gran movimiento, gritos y agitacion en todos, durante este cuadro.)

(Telon rápido.)

F N DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Fondo de un valle cerca de Vitoria. Montes en el foro, cuya cima se pierde en las nubes, cubiertos de árboles y arbustos. Decoracion pintoresca; sendas distintas por las montañas y el valle. Caseríos á lo léjos en perspectiva. Una choza á la izquierda, con puertecilla y ventana practicables. En el interior, dos sillas rústicas, una mesa y un armarito. Puerta pequeña con una cortina que figura dar á una alcoba. Al levantarse el telon, es cerca de anochecer. Cruzan á lo léjos algunos pastores del país, precedidos de pequeños rebaños de cabras. En último término, una ermita aislada.

ESCENA PRIMERA.

PASTORES, MOZOS, á poco CUERVO.

Por las distintas sendas bajan á la escena, Pastores y Mozos del país, con ademán indiferente, hasta que se reunen en el proscenio.

MUSICA.

Unos. ¡Esta es la hora de la cita.
Otros. ¡Este es el sitio y la ocasion!
Unos. ¡Mucha cautela y vigilancia!
Otros. ¡Mucho silencio y discrecion!

UNOS. ¡Nadie conozca nuestros planes!
OTROS. ¡Nadie averigue nuestro ardid!
UNOS. ¡Listos vayamos al combate!
OTROS. ¡Prontos estemos á la lid!
TODOS. Y cuando el nuevo dia
apunte en el Oriente,
y quiera el enemigo
el valle atıavesar,
cada árbol, cada mata,
despida ocultamente
el fuego que consiga
su número diezmar.
¡Ah! de la choza!
¡la hora llegó!
CUERVO. (Saliendo de la alcoba de la choza.)
No hay más, son ellos,
¡Gracias á Dios!... (Sale á la escena.)
TODOS. ¡Cuervo!
CUERVO. Más bajo.
TODOS. ¿Y el capitan?
CUERVO. Aún no ha venido
de la ciudad.
TODOS. ¿Cómo se ha expuesto
á ir hasta allí?
CUERVO. Porque una órden
lo quiso así.
TODOS. ¿Qué es lo que ocurre?
CUERVO. Ya os lo diré:
¡hay novedades!
TODOS. ¡Vamos á ver!

—

CUERVO. Dicen que José primero
ha salido de Madrid,
y con su ejército entero
debe estar mañana aquí!
Dicen que en la Villa y Corte
le han echado á puntapiés,
y se viene huyendo al Norte
y no queda ni un francés.
Esto se dice:
y esto esperamos;
si el hecho es cierto

«¡*Te Deum laudamus*!»
Aquí se lleva
el revolcon,
y España es libre
«¡*Kirie-ley-son*!»

TODOS. Si el caso es cierto, (Unos á otros.)
si no se engaña,
al solo grito
de ¡viva España!
mañana mismo
aquí caerá,
ó la frontera
traspasará.

—

CUERVO. Dicen que Pepe Botella,
el grandísimo bribon,
no ha dejado una custodia
ni un sagrario, ni un copon.
Dicen que lleva en cien carros
media España para allá,
y nos deja en cueros vivos...
ó en camisa, que es igual!
Cuadros, alhajas,
plata y diamantes,
y unas cien mozas
mirabolantes...
Para que en Francia
al muy bribon
¡*ejusdem furfuris*!
le den calor.

TODOS. Si el caso es cierto, etc.

HABLADO.

UNO. Conque es decir?...

CUERVO. Es decir
que está ya el general Mina
á diez leguas de Vitoria;
que Morillo se aproxima,
que huyen los afrancesados,

y que mañana es un dia
de gloria si aquí cortamos
su retirada. ¡Qué misa
le canto á San Luis de Francia,
patron de llagas y vizmas,
si me deja hacer cien chirlos
á mi gusto á su familia!

UNO. Y qué hacemos?

CUERVO. Mientras llega
el capitan y os avisa,
quietos en sus puestos. Hoy
más que nunca convendría
evitar una sorpresa.
Si ya conocen su ruina
ó la sospechan, querrán
destruir nuestras guerrillas,
y llevar á sangre y fuego
su venganza.

UNO. Mas si miran
perdida su causa y huyen
aislados...

CUERVO. ¡María Santísima!
Si juntos caen como moscas
¿cómo caerán si se aislan?
Que mueran *per honiam sanctan*,
sin *pater noster*, ni vísperas.
Y basta. Cada mochuelo
á su olivo.

UNO. Yo en la ermita
me quedo.

CUERVO. Tú mi señal,
ves desde aquí. Una boina
blanca en un palo, es que huyamos;
si ves la encarnada, avisas
á todos del mismo modo,
y aquí al punto...

UNO. (Yéndose.) Yo á mi viña!

OTRO. Yo al molino. (Idem.)

CUERVO. Yo á cavar
(Coge un azadon y se pone á cavar la tierra que rodea la choza.)
mis patatas; qué hortaliza

tan hermosa! si un francés
(Sacando el trabuco.)
se presenta hoy á mi vista,
con un patatazo de estos
no come más en su vida.
(Escondiendo el trabuco entre las matas.)

UNO. Ea, adios!
OTRO. Agur!
CUERVO. *Deo gracias!*
mano firme y buena vista!
(Se van marchando en distintas direcciones, con la música de la introduccion.)

ESCENA II.

CUERVO solo.

La verdad, ya tengo gana
de que se acabe está vida
de linternazos! Me acuerdo
de mis queridas monjitas,
de las bellas educandas,
del dulce, de las rosquillas,
de las siestas, de los salmos,
y de aquella madre Brígida...
¡Qué tino para las sopas!
¡qué ingenio para las migas!
y ántes, vamos, se pasaba
la existencia repartida
entre el vivac y el convento,
entre el coro y la guerrilla.
Pero hace ya cuatro meses,
desde aquel infausto dia
en que á la madre abadesa
la rompieron tres costillas,
chamuscaron al vicario,
quemaron la sacristía,
y aligeraron de ropa
á sor Casta y á sor Luisa,
se cerró el santo convento;
se repartió la familia
por donde pudo, volvieron

á su casa las novicias
y educandas, y yo ¡pobre
de mí! busqué esta guarida...
me hice hortelano de pega
y voy pasando la vida
en sembrar calabacines,
en recolectar judías,
y en ir quitando de en medio
(Bajando la voz.)
al francés que se descuida!
Ya llevo trece... ¡A Dios gracias!
y si esto sigue unos dias,
con ménos de dos docenas
no me contento! *Propicia*
me Dei! Y ya iremos viendo
en qué paran estas misas!

ESCENA III.

CUERVO y CÁRLOS bajando por la montaña.

CARLOS. Mi pista perdió!... (Mirando atrás)
CUERVO. Qué miro!
el capitan! Qué noticias?
CARLOS. Buenas: la fuga del rey
era cierta; la poquísima
tropa que había en Vitoria
salió anoche sin ser vista
á unirse á los fugitivos
que ayer, en Búrgos, perdian
mil hombres en un encuentro
con los portugueses!
CUERVO. ¡Viva
Fernando sétimo! (Gritando.)
CARLOS. Calla!
que no es tiempo todavía
de gritar.
CUERVO. Los españoles
si no gritamos...
CARLOS. Descuida,
ya gritarás. Hoy se trata
de seguir el plan de Mina.

CUERVO. Ah! el general?...
CARLOS. Ha llegado
esta madrugada.
CUERVO. ¡Viva
el!... (Gritando más.)
CARLOS. Calla! (Tapándole la boca.)
CUERVO. *Fluctamus genua*!
(Inclinándose al suelo.)
CARLOS. No hay que doblar la rodilla,
si no la lengua.
CUERVO. La doblo!
CARLOS. Disfrazado de jesuita
llegó con sus ayudantes,
cuatro frailes carmelitas...
CUERVO. Ya...
CARLOS. Y están en el convento
de Loyola. Las guerrillas
deberán reconcentrarse
durante esta noche misma
en todo el valle. Mañana
la division aguerrida
del general llegará
al amanecer, la cima
de los cerros ocupando.
CUERVO. Es decir; ellos arriba,
nosotros abajo.
CARLOS. ¡Justo!
CUERVO. ¡Qué sorpresa! ¡y qué paliza!
CARLOS. El ejército francés,
que al huir, sólo se cuida
de salvar sus equipajes,
coches, acémilas, sillas
de mano, cuadros, alhajas,
cuanto en su avara codicia
nos pudo robar...
CUERVO. (Gritando.) ¡Ladrones!...
CARLOS. ¡Si no callas!... (Amenazándole.)
CUERVO. ¡Qué maldita!
(Dándose un puñetazo en la boca.)
CARLOS. Á los llanos de Vitoria
llegará ya entrado el dia.
La carretera, no tienen

otro medio, les obliga
á cruzar el valle...

CUERVO. ¡Exacto!

CARLOS. En la cárcaba principia
el desfiladero...

CUERVO. Y tiene
media legua...

CARLOS. ¡Cuando Mina
desde lo alto del Cerron
los vea en él, precipita
sobre ellos peñas y riscos:
corta con la artillería
su vanguardia, aquí nosotros
desbaratamos sus filas,
y en tan hermosa jornada
no queda un francés con vida!

CUERVO. Y ¡viva España! ¡y ahora (Gritando muy fuerte.)
no hay quien gritar me prohiba!

CARLOS. ¿Bajaron todos?

CUERVO. ¡Bajaron!
mi seña esperan.

CARLOS. ¿La misma
de siempre?

CUERVO. Naturalmente.

CARLOS. ¿Armas?...

CUERVO. En la corraliza
están los fusiles nuevos,
¡doscientos!

CARLOS. (Con misterio.) Sé que me estimas
como jefe y como amigo...

CUERVO. Ya lo creo: desde el dia
en que ambos por un milagro
nos libramos de las iras
de los franceses en casa
del Conde, y de la guerrilla
que usted manda formo parte,
soy suyo con alma y vida.

CARLOS. Pues hoy de tí necesito.

CUERVO. Cuervo está aquí...

CARLOS. Las familias
afrancesadas...

CUERVO. ¡Bribones!

CARLOS. Temiendo ser perseguidas,
huyen á Francia.
CUERVO. Bien hacen
si las dejamos.
CARLOS. Sería
difícil salvar á nadie
mañana...
CUERVO. ¡Ya!
CARLOS. Nunca olvida
un favor quien nace honrado.
Á una mujer noble, rica
y hermosa, la vida debo:
por salvarme compasiva
expuso su honra, su casa,
y unió su suerte á la mia,
sin amarme, en los altares.
CUERVO. ¡Gran mujer!
CARLOS. Por mi desdicha,
de aquella union que fué un sueño,
sé que reclama ella misma
la nulidad. Á mis cartas
cariñosas y sentidas,
á mi amor, ¿por qué ocultarlo
si la adoro? no se digna
contestar; muerto me juzga
para ella, pero peligra
su vida y la de su padre
si en seguir aquí se obstinan,
y mi deber es salvarlos.
CUERVO. ¡Ya!
CARLOS. Esta carta los indica
(Enseñándole una carta.)
el peligro y la manera
de huir de aquí. Tú en seguida
vas á llevársela á Elena.
CUERVO. ¡Yo!
CARLOS. Que la lea ella misma:
que cumpla cuanto le advierto.
CUERVO. Repare usted bien...
CARLOS. Y dila
que al exponer por salvarla
mi honor, que es más que mi vida,

no espero de ella un desaire
cruel que me mataría.

CUERVO. Ella es española, pero
el padre y el estantigua
del Baron, el pretendiente
á la mano de la hija,
que si se descuida un poco
por sí ó por no, le fusilan...
esos...

CARLOS. Vendrán esta noche
todos. Tú aquí de vigía
quedarás: yo en la montaña
los guiaré, y con un «visa»
del General en que consta...

CUERVO. ¡Traicion!...

CARLOS. Que esa es mi familia,
llegarán á la frontera
sanos y salvos.

CUERVO. Podría
otro encargarse...

CARLOS. En tí sólo
fio...

CUERVO. Si esa es la consigna...
¡adelante! Venga el pliego.

CARLOS. ¡Vuela! (Dándole la carta.)

CUERVO. (Dándole los objetos que dice para que Cárlos se disfrace.)
Aquí está la escardilla;
otro capoton...

CARLOS. (Poniéndose el capoton.) Cuidado.
¡Á ella! ¡sólo á ella!

CUERVO. Entendida
la comision.

CARLOS. (Abrazándole.) ¡Gracias, Cuervo!

CUERVO. (¡Pobres mozos! Si una pícara
los flecha... «*Memento homo.*»
las faldas me los hechizan.
En materia de mujeres,
es mejor estar «*per istan.*») (Váse.)

CARLOS. ¡Ah! ¡por fin! Que llegue á tiempo,
que te salve, Elena mia,
y que seas venturosa

aunque sepa que me olvidas.
(Entra en la alcobita de la cabaña. Pausa. Algo de música en la orquesta, precede á la salida de los personajes. de la escena siguiente.)

ESCENA IV.

EL CONDE, ELENA, disfrazados de campesinos, bajan por el sendero de la montaña.

MUSICA.

ELENA y PILAR. Ya estamos en el valle
¿y qué vamos á hacer?
CONDE. Si nadie nos lo impide
correr y más correr.
ELENA y PILAR. Pero si nos detienen...
CONDE. Prudencia y no chistar;
saber con quien hablamos
y luégo, Dios dirá.

—

Yo soy un hombre del justo medio,
soy un patriota del tén con tén,
si triunfa España, ¡viva Fernando!
si vence Francia, ¡viva José!
Once años dura el sube y baja
en que unos y otros venciendo están,
y ni Fernando al cabo viene,
ni los franceses, al fin se van.
Y en esta incierta
algarabía,
la desdichada
hacienda mia,
ahora francesa,
luégo española,
para perderse
se pinta sola!
y con un año
de lucha más,
ni al francés, ni al inglés, ni al demonio
le servirá.

—

ELENA y PILAR. Cuando los hombres
no son sinceros,
siempre se pierden
por pasteleros,
y los que vienen,
ó los que ván,
por querernos burlar de unos y otros
nos ahorcarán.

—

CONDE. En el principio de esta campaña,
España y Francia luchaban bien,
y yo conforme las peripecias,
español era, ó era francés.
Pero hoy ingleses y portugueses
y gentes libres y gentes nó,
y liberales y fracmasones,
han hecho un pisto, que no sé yo.
Y no hay manera
de saber cómo,
es lo que dejo
y es lo que tomo:
y soy realista,
y soy jurado,
y doceañista,
y Empecinado,
y estoy temiendo
que en conclusion,
me fusile Murat ó Castaños
ó Wellington!

—

ELENA y PILAR ¡Papá del alma!
en casos tales,
hay que ser rusos
ó liberales,
y si vacilas,
será razon,
te fusilen Murat ó Castaños
ó Wellington!

—

HABLADO.

CONDE. ¿Y qué hemos de hacer? Si es cierto

lo que desde ayer se ha dicho,
salvaremos el pellejo
que está muy comprometido

PILAR. Ay, papá, los pasteleros
caerán..

ELENA. (Á Pilar) ¡El caso es gravísimo!

CONDE. No entiendes una palabra.
¡En los asuntos políticos,
si el pastel está bien hecho
se le comen, no hay peligro!

ELENA. ¡Hermosa es tu confianza!
pero entónces; ¿por qué huimos?

CONDE. Porque ahora urge averiguar
cuáles serán hoy los mios.
En pasando la frontera
ya vencedor ó vencido
soy, mientras se arregla todo,
francés á macha-martillo:
pero hoy, mientras que pisemos
este terreno indeciso,
segun con los que me encuentre
ó seré Troyano ó Tirio.

ELENA. Ello es que huimos.

CONDE. Y gracias
que no adivinen que huimos.
Pero el Baron nos precede;
él reconoce los sitios,
él nos avisa los riesgos,
él aparta los peligros,
él nos acompaña á Francia,
y él, pues, se dicta el dia cinco
tu sentencia de divorcio,
será en París tu marido!

PILAR. (¿Qué hacer?) (Ap. á Elena.)

ELENA. ¡Lo bueno sería
que encontráramos al mio!

CONDE. ¡Al tuyo! ¿Cuál?

ELENA. Á mi esposo.

CONDE. Tu esposo, ¿cuál?

ELENA. El legítimo:
mientras que mi casamiento
no se anule...

CONDE. ¿Ese perdido?
él... ¡qué lástima de bala!
ELENA. ¡El que se casó conmigo,
el que es mi esposo!
CONDE. ¡Tú, esposa
de un capitan de bandidos!
ELENA. ¡De guerrilleros!
PILAR. ¡De bravos
españoles!
CONDE. Es lo mismo.
¡Oh! ¡si el Baron se le encuentra
se lo come!
ELENA. ¡Padre mio!
CONDE. ¡Nos lo comemos! y basta
de horrores. Este es el sitio;
(Mirando á la montaña.)
la ermita del valle. Aqui
que le esperemos ha dicho
el Baron.
PILAR. Esta cabaña
parece habitada.
CONDE. Asilo
nos darán en ella: entremos.
(Entran los tres en la cabaña.)
¡No hay nadie!...
ELENA. ¡No!
CONDE. Al campesino
que la habita buscaré...
(Volviendo á salir.)
será algun pastor; de fijo
estará por aquí cerca...
ELENA. Más...
CONDE. Descansad, no hay peligro.
Esta es buena gente: vuelvo
al punto. ¡Quietas! ¡Amigo!
¡El de la cabaña!... ¡Mozo!... (Llamando.)
¿En dónde estará metido?
(Váse por detrás de la choza.)

ESCENA V.

ELENA y PILAR.

ELENA. Ahora expatriarse pretende,
y juzga toda accion buena
á ese fin.
PILAR. Créeme, Elena;
nuestro padre, no lo entiende;
ni en tu semblante adivina
la tristeza que te agobia;
ni renuncia á que seas novia
del hombre á quien te destina;
ni comprende que ha llegado
el dia en que al cielo plugo,
que España rompa ese yugo
que once años la ha sujetado!
¡La victoria es ya segura!
ELENA. ¿Qué vamos ganando en ella?
PILAR. Que luzca por fin la estrella
de tu amor y tu ventura.
ELENA. ¿Qué dices?
PILAR. Que aunque te asombre
mi malicia, tu esperanza
solo así su dicha alcanza.
ELENA. ¿Por qué?
PILAR. (Bajando la voz.)
¡Porque amas á ese hombre!
ELENA. ¿Á quién? (Asustada.)
PILAR. No está prohibido;
no es pecado... ni venial.
¿Qué cosa más natural
que querer á su marido?
ELENA. No es verdad.
PILAR. ¿No? Pues lo siento.
¡Yo!...
ELENA. ¡Tu pensamiento es loco!
PILAR. ¡Válgame Dios y qué poco
he aprendido en el convento!
Llanto, aislamiento, tristeza,
vivir de una idea esclava,

no te diré que así acaba
el amor, pero así empieza,
y aunque sigas en tus trece
no negarás lo que vemos.

ELENA. ¡Aprension!

PILAR. Y confesemos
que el muchacho lo merece.
¡Es valiente, distinguido,
y te habló de una manera
al partir!...

ELENA. Aquel hombre era
para mí desconocido.
Si por salvarle la vida,
y la de mi padre...

PILAR. (*Con ironía.*) ¡Entiendo!

ELENA. ¡Entre temblando y fingiendo,
no sé cómo, á él me ví unida,
ni él por mi esposo se tiene,
ni yo en amarle he pensado!

PILAR. ¡Ya! ¿No amas á mi cuñado?

ELENA ¡No!

PILAR. ¿Conque no te conviene?

ELENA. ¡Claro es!

PILAR. (¿Me quiere ocultar
su cariño y su despecho?)
¡Pues hija, yo me aprovecho!

ELENA. ¿De qué? (*Sin comprenderla.*)

PILAR. (¡Yo te haré saltar!)
No amándole tú ..

ELENA. Y me enojo
de tan ridículo empeño.

PILAR. Vaya; pues ya tengo dueño.

ELENA. ¿Qué? (*Con extrañeza.*)

PILAR. ¡Que para mí le escojo!

ELENA. ¿Tú?

PILAR. Yo. ¿La idea te asusta?

ELENA. ¿Á mí?

PILAR. ¿Por qué estás temblando?

ELENA. ¿Y tú le amas? ¿Desde cuándo?

PILAR. ¡Toma: desde que me gusta!

ELENA. ¿Y... eso es?...

PILAR. Desde que le ví:

la verdad, me enamoró,
y te le he cedido yo,
solo por ser para tí.
Tú le salvaste despues,
mas yo le salvé primero...

ELENA. ¿Y qué?

PILAR. ¡Que pues yo le quiero
y tú no le amas, mio es!

ELENA. Más...

PILAR. ¿No es nulo tu consorcio?

ELENA. Sí tal.

PILAR. Ni tú le has querido,
ni á tí él...

ELENA. ¡Pero es mi marido
mientras no llegue el divorcio;
sin amarle, le soy fiel,
por honrada y por cristiana!

PILAR. ¡Ya estoy! (Con ironía.)

ELENA. Y lo mismo, hermana,
debe sucederle á él.

PILAR. ¿Y si no le sucediera?

ELENA. ¡Sería un vil! ¡un traidor! (Con ira.)

PILAR. Hija: si eso no es amor,
le das un chasco á cualquiera.

ELENA. Es decoro: es lealtad.

PILAR. Tú le salvaste aquel dia,
por pura... *filantropía...*
y hoy le amas por... *dignidad*!
¡Y él vendrá por... *gratitud*,
y tú irás por... *compasion*,
y esa indiferente union
será eterna por... *virtud*!
¡Y creyendo necesario
disculpar tu amor á ese hombre,
para encontrarle otro nombre
apuras el diccionario:
y haces tan mal tu papel,
y tan sin razon te alteras,
que con el nombre que quieras...
te estás muriendo por él!

ELENA. ¡No y no!

PILAR. ¡Y como me he propuesto

verte feliz y dichosa,
y ya Dios te ha hecho su esposa,
serás suya!
ELENA. (Con ironía.) ¿Lo has dispuesto?
PILAR. ¡Por vuestro mútuo interés!
ELENA. ¡Pues ni él se ha vuelto á acordar
de mí, ni yo le he de amar!
PILAR. ¡Júralo!
CARLOS. ¿Qué miro? (Saliendo de la cabaña.)
PILAR y ELENA. (Reconociéndole.) (¡Él es!)

ESCENA VI.

DICHAS y CÁRLOS saliendo de la cabaña.

MUSICA.

CARLOS. ¿Qué se os ofrece, niñas,
en esta pobre choza?
LAS DOS. Buscar breve descanso.
CARLOS. ¡Pilar! ¡Elena! ¡Oh, gloria!
(Conociéndolas.)
ELENA. ¡Usted en ese traje!
CARLOS. ¡Usted de labradora!
PILAR. ¿Y qué hace en estos sitios?
CARLOS. ¿Qué buscan aquí solas?
PILAR. ¡Mejor es que el asunto
explique cada cual,
y nos entenderemos
con más facilidad!

ELENA y PILAR. Segun noticias fidedignas
huye el ejército francés,
y nuestro padre tiene miedo
y nos parece que hace bien.
Comprometido en esa causa
sólo es huir su salvacion,
y la frontera disfrazados
es traspasar nuestra intencion.
¡El Conde se esconde
por estos picachos,

buscando la ayuda
de algunos gabachos.
Al ver esta choza
dejónos aquí,
y la causa sabeis de este encuentro
tan raro y feliz!

—

CARLOS. Desde que huí de vuestro lado
ni un solo instante os olvidé,
y con mi traje ó disfrazado
á España sirvo y serviré.
Es cierto que huye el enemigo
y aquí su ruina encontrará,
y los que siguen sus banderas
vida y hacienda perderán.
Por vos sólo vivo, (Á Elena.)
por vos sólo aliento,
cueste lo que cueste,
salvaros intento.
Por eso un aviso
há poco os mandé,
y citándoos para esta cabaña
aquí os esperé.

—

ELENA. ¡Casualidad extraña!
PILAR. ¡Sin duda está de Dios!
CARLOS. La vida os debo á entrambas;
mi vida es de las dos.

—

ELENA. Mas mi señor marido,
como era su deber,
¿por qué no se ha acordado
hasta hoy de su mujer?
PILAR. Si amar á su familia
es ley que hay que cumplir,
¿por qué de su cuñada
se olvida usted así?

—

CARLOS. Un dia y otro,
hasta sin tiempo,
amantes cartas
os escribí.
¿Quién es, decidme,

reo de olvido,
si una respuesta
no os merecí?

PILAR y ELENA. Interceptadas
sin duda alguna
fueron las cartas
que nos decís.
¡Alma que es noble
jamás olvida,
y su recuerdo
vive aún en mí!

LOS TRES Á UNA, aparte todos.

ELENA. (¡Si sólo le hallo
agradecido,
y por su esposa
no siente amor,
salgan cuanto ántes
del pecho mio
esta esperanza
y esta ilusion!)

CARLOS. (Si por salvarse
me dió su mano,
y por su esposo, etc.)

PILAR. (Si él por salvarme
se unió á mi hermana
y libre se halla
su corazon,
pues ella le ama
con alma y vida,
fuerza es que en premio
le dé su amor.)

HABLADO.

ELENA. ¿No nos habeis olvidado?

CARLOS. ¡Olvidar alma tan buena,
rostro tan bello, imposible!
y al fin y al cabo ¿no es esa
mi obligacion?

ELENA. ¿Cuál?

CARLOS. ¡Amaros

con alma y con vida entera!

ELENA. ¿Por qué?

CARLOS. ¿No soy vuestro esposo?
¡Es un deber de conciencia!

ELENA. ¡Ah! (Con despecho.)

CARLOS. ¿Y vos me habeis olvidado?

ELENA. ¡Casi, casi! (Con frialdad fingida.)

CARLOS. (Disimulando su enojo.)
¡Justo era! (Pausa.)

PILAR. (¡Vaya! si yo no me mezclo
en el asunto, se quedan
los dos sin hablar palabra.)
(¡Un pinchazo á él, otro á ella;
y á ver si á pinchazos logro
que se expliquen y se entiendan!)
Cierto que usté es su marido,
más como no lo es de veras,
y no autoriza esas burlas
nuestra santa madre Iglesia;
bueno es que le prevengamos,
por lo que importarle pueda,
que de su papel de esposo
sólo dos dias le restan.

CARLOS. ¿Por qué?

PILAR. Como aquella boda
fué sólo una estratagema,
mi hermana solicitó
por escrito, en toda regla,
la nulidad eclesiástica,
del matrimonio.

CARLOS. ¡Ah!

PILAR. ¡Por fuerza!
Era su deber; no amándoos,
ni amándola vos á ella,
y habiendo error de persona,
impedimento que altera
la esencia del matrimonio...

CARLOS. ¿Qué?

ELENA. Qué enterada te encuentras
de...

PILAR. ¿De derecho canónico?
Leíamos en la mesa,

en el convento la *Suma*,
los *Cánones*, las *Selectas*
de *Ciceron*...

ELENA. ¡Sigue!

PILAR. ¡Sigo!
Pues que el cinco da sentencia
el tribunal eclesiástico:
que segun noticias ciertas,
se decretará el divorcio,
y que se queda soltera
mi hermana, y vos sois soltero
y todos solteros. ¡Esa
es la noticia que á todos
como es justo, nos alegra!

CARLOS. ¿Á usted tambien? (Á Elena.)

ELENA. Yo no quiero
que usté arrastre una cadena
forzosamente.

CARLOS ¡Ni es justo,
aun dado que yo lo quiera,
que usted, porque á mí me agrade
sea mi esposa por fuerza!

ELENA. Por fuerza, no, pues yo misma
á cabo llevé la idea.

CARLOS. ¡Por salvar mi vida!

ELENA. Algo
me importaría á mí de ella.

CARLOS. ¿Pero es cierto? (Con alegría.)

PILAR. (Á Cárlos.) ¿Lo diría
mi hermana si no lo fuera?

CARLOS. ¿El amor que le consagro
no rechaza?

ELENA. ¿Luego es cierta
su pasion?

PILAR. (Á Elena.) ¿Á qué fingirla,
hija, si no la tuviera?
Siendo ya marido...

CARLOS. ¡Oh! ¡gloria!

ELENA. ¡Oh! ¡dicha!

PILAR. ¡Oh! ¡Sándia pareja!
Se quieren y se requieren...
y se miran y se acercan....

y no hay nadie que lo impida...
y ni una mano se besan!

CARLOS. ¡Elena! (Besándole la mano.)

ELENA. ¡Cárlos!

PILAR. (Contando los besos.) Tres, cuatro...
hasta la media docena...
basta! se continuará... (Separándolos.)
Hablemos de cosas sérias...

CARLOS. Que más sério...

PILAR. (Interrumpiéndole.) Lo que urge
ahora, es salvar la frontera.

CARLOS. Yo tengo el pase: llamad
á vuestro padre. Se acerca
la noche, y aprovecharla
es preciso. Si mi adversa
fortuna, hace que sucumba
mañana, en la lid sangrienta
que se prepara...

PILAR. No hablemos
de muertes! Usted pelea...
vence... llega á Coronel.
En cuanto acabe la guerra
va usté á Francia por su esposa;
se la trae, y á mí con ella;
me busca un novio muy guapo,
y *tuti contenti*!

ELENA. ¡Suenan
voces!

CARLOS. ¡Adentro!

ELENA. Sí; vamos.

(Entran en la choza, y Pilar observa desde la ventana.)

PILAR. ¡Mi padre!

CARLOS. ¡Y Cuervo no llega!

PILAR. No viene solo. (Mirando.)

CARLOS. ¡Ah!

PILAR. (Con rabia.) ¡El Baron!
¡tu futuro esposo, Elena!

CARLOS. ¿Y piensa en tí todavía? (Á Elena.)

ELENA. ¡Yo le odio!

CARLOS. ¡Bendita sea
esa palabra!

PILAR. ¡Deprisa!

(Separándose de la ventana y cerrándola precipitadamente.)

CARLOS y ELENA. ¿Qué ocurre?

PILAR. Tropas francesas
vienen con ellos.

ELENA. ¡Perdido
está usted si hasta aquí llegan!

PILAR. ¿Y qué hacer?

CARLOS. Salgan ustedes
á esperarles.

PILAR. ¡Buena es esa!
Ó aquí los tres nos salvamos
ó aquí á los tres nos encuentran.

CARLOS. ¡Qué dice usted? (Á Elena.)

ELENA. Yo tambien
pienso lo mismo.

CARLOS. (Con resolucion.) Pues, sea!

(Entran los tres en la segunda habitacion de la choza, después de cerrar la puerta que da al campo.)

ESCENA VII.

EL CONDE, el BARON. Algunos soldados franceses cruzan la escena y se van.

MÚSICA.

CONDE.
Por aquí las dejé
y á buscaros me fuí...
y pues ya os encontré
pues ya estamos aquí,
con más brío y más alma y más fé
que de casa salí
hácia Francia me iré.

BARON. (Con más armas aún que en el primer acto.)
Si al fin el rey José
se escapó de Madrid,
y yo que le juré

no estoy muy bien aquí
sin aliento, sin alma y sin fé,
sin mirar lo que fuí,
con ustedes me iré.

—

¡Pero es necesario
vivir prevenidos,
y andar bien armados
por esos caminos,
pues si hay guerrilleros
que vean es ley
cuál se defienden los súbditos
del ínclito rey!

—

CONDE. Si estar bien armados
es indispensable,
guárdese usté el palo
y déme á mí el sable.
Para que así entrambos
podamos reñir,
guárdese usté la navaja
y déme el fusil.
(Le quita todo lo que dice.)

LOS DOS. Y así si al enemigo
llegamos á encontrar
con fuerzas tan enormes
podremos *vincherar*.

BARON. Por José primero
contra el mundo entero
pelear yo quiero
con ardiente fé:
y si Francia gana
gritaré mañana,
¡vivan los franceses!
¡viva el rey José!

CONDE. Por José primero...
etc., etc.

LOS DOS. Si es un guerrillero...
¡zis!... ¡zás!...
(Imitando con la voz y la accion, los sonidos y movimientos de varias armas.)
Si es un fusilero...

¡tris!... ¡trás!...
Si una compañía...
¡pon!... ¡pon!...
¡Y zis!... ¡zás!... y ¡tris!... ¡trás!... y ¡pon!... ¡pon!...
¡si es un batallon!

—

Por José primero
zis!... zás!...
contra el mundo entero
trís!... trás!...
Vivan los franceses
pon!... pon!...
Y zís!... zás!... y trís!... trás!... y pon!... pon!...
¡muera la Nacion!

HABLADO.

CONDE. ¡Muchachas! (Llamando.)
BARON. Va siendo tarde...
CONDE. ¿Pero dónde se han metido?
Yo las dejé en esta choza,
y está cerrada. (Empujando la puerta.)
BARON. Ahora mismo
vendrán...
CONDE. ¿Conque las noticias
últimas?
BARON. ¡Son un abismo
de diplomacia!
CONDE. No entiendo.
BARON. ¿Sabe usted lo que imagino?
Que esto es un plan combinado,
maravilloso... vastísimo!
Que Francia es muy grande!
CONDE. ¡Mucho!!
BARON. ¡Y dá el golpe decisivo!
(Salen de la habitacion interior Elena, Pilar y Cárlos, y escuchan al lado de la puerta.)
Porlier estaba en Galicia:
Mina en Vizcaya metido
entre nosotros: *Castaños*,
en Badajoz, y *Morillo*
en Astúrias. *Los ingleses*,

en Frenegeda escondidos.
Los portugueses en Búrgos.
José primero ha salido
de Madrid, y con su ejército,
fingiendo que está en peligro,
y en retirada, se viene
á Vitoria. Reunidos
sus contrarios le presentan
la batalla. ¡Él es muy pillo!
Setecientos mil franceses
se presentan de improviso
con cuatrocientos cañones:
destrozan al enemigo,
le arrojan al Vidasoa...
y él se vuelve tan tranquilo
á Madrid, dando á la España
paz, dinero y regocijo!
(Vuelven los soldados franceses por el foro.)

CONDE. Pues mientras, vamos huyendo,
¿no es verdad?

BARON. Pienso lo mismo...
por prudencia!...

CONDE. (Llamando á la puerta.) ¡Elena!... ¡Hija!...
¡Pilar! ¡Soy yo!

BARON. (Á los soldados.) Á ver, amigos,
registrad estos contornos.

CONDE. ¿Qué les habrá sucedido!
¡Echad abajo la puerta!
(Á los soldados que se acercan.)

PILAR. Valor ó somos perdidos. (Abre la puerta.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ELENA, PILAR, y CÁRLOS retirado dentro.

ELENA. Pero, papá, si aquí estamos.

PILAR. ¿Á qué vienen esos gritos?

CONDE. ¿Por qué no salíais?

PILAR. Uno
de los usos femeninos
es cerrar el tocador.

BARON. ¿Tocador?
PILAR. De cualquier sitio
le hace una mujer. Estábamos
limpiándonos los vestidos
y reparando, aunque en parte
los desastres del camino.
BARON. ¡Qué casucha! (Entrando en la choza.)
ELENA. (Impaciente.) Conque vamos...
CONDE. Pronto...
BARON. ¡Aquí un hombre escondido!
¡Á las armas!
(Viendo á Cárlos y retrocediendo sobresaltado.)
CONDE. (Aterrado.) ¡Á las armas!
CARLOS. ¡Poco á poco!
PILAR. Ese indivíduo
es el dueño de la choza.
ELENA. Justamente.
PILAR. Un campesino...
CONDE. ¡Con mis hijas encerrado
en su tocador! (Al Baron.)
ELENA. (Dios mio!
¿qué vá á ser de él?)
BARON. (Reconociéndole.) ¿Qué estoy viendo?
¡Papá suegro! ¡Si es el mismo!
CONDE. ¿Quién?
BARON. El bribon que usurpando
mi puesto y mi nombre...
CONDE. ¡Hijo!
¡no te pierdas! ¡El infame
Guerrillero! (Retrocediendo.)
ELENA. (Con valor.) ¡Mi marido!
BARON. ¡Caracoles!
CONDE. ¿Y te atreves?
CARLOS. ¡Basta ya! (Adelantándose.)
CONDE. ¡Atrás!
CARLOS. ¡Señor mio! (Al Baron.)
¡yo soy! ¡sacad esa espada!
(Acuden cinco ó seis soldados franceses.)
PILAR. Y dice muy bien: batíos
con él y el que venza...
CONDE. ¡Justo!
ELENA. ¡Padre! ¡por Dios!...

CONDE. (Señalando á los soldados.) ¡Somos cinco...
y dos siete!... ¡Él, uno solo ..
estamos iguales!...

ESCENA IX.

DICHOS y CUERVO que asoma en lo alto de la montaña y vé que le prenden á Cárlos los soldados.

CUERVO. ¡Cristo
nos valga! ¿Qué es lo que veo?
CARLOS. ¡Ah! ¡Qué traicion!
CUERVO. (¡Le han cogido!
haré la señal!)
BARON. (Al Conde señalando á Cuervo.) ¡Mirad!
CONDE. ¿Bajas, ó te pego un tiro?
(Apuntándole con el fusil.)
ELENA. ¡Padre! (Sujetándole.)
PILAR. ¡Padre!
CUERVO. ¡Poco á poco!
(¡Ya llegan todos!) Me rindo.
(Bajando á la escena.)
BARON. ¡Gran victoria!
CONDE. ¡Gran victoria!
(Música en la orquesta: voces lejanas.)
BARON. ¿Qué significa ese ruido?
CUERVO. (¡Son ellos! ¡Ya no hay cuidado!)
¡Viva España! (Gritando)
TODOS. (Asustados.) ¡Qué!
CUERVO. ¡Aquí, chicos!

ESCENA X.

DICHOS, los GUERRILLEROS bajando por todas las sendas de la montaña con sus armas.

MUSICA.

CONDE. ¡Traicion!
BARON. ¡Traicion!
(Los cinco ó seis soldados franceces que sujetan á

Cárlos, atado, huyen apénas aparecen los Guerrilleros.)

GUERRILL. ¡El Capitan!

CUERVO. ¡Aquí, ya libre le teneis!

(Desatando á Cárlos.)

¡corred á ellos! ¡que se ván!

(Vánse cuatro ó seis Guerrilleros detrás de los franceses.)

ELENA. (Á Cárlos.) De sus ofensas no os vengueis!

CONDE. (Muy contento.)

¡Son Guerrilleros!
¡son españoles!
son de los míos
estos señores!
¡Cuánto me alegra
verlos aquí!
¡Viva la gloria
de mí pais!

BARON. (Asombrado.)

¿Qué es lo que escucho?

GUERRILL. ¿Qué dice ese hombre?

CONDE. Que yo ocultaba
mis opiniones.
Peio que ahora
ya gritaré.
¡Viva Fernando,
mi único Rey!

—

CARLOS. ¡Huyeron los cobardes!
Á este otro que los manda
hasta mi pronta vuelta
guardad en la cabaña.

(Cuervo ata al Baron, y se le entrega á los Guerrilleros que le sujetan á la puerta de la choza.)

Yo de estos os respondo;
pues voy con ellos yo,
á que su suerte fije
mi jefe superior.

CONDE. Perfectamente dicho.
Yo á ese hombre no conozco,

(Señalando al Baron.)

y soy español neto

lo mismo que vosotros.
Aquí están mis dos hijas
que os pueden afirmar,
si soy yo Empecinado
ó soy yo liberal!

—

TODOS Á UNA.

ELENA. y PILAR. (Á Cárlos.)
(Salvando á nuestro padre
valiente y generoso
haceis eterno el lazo
que existe entre nosotros.
Que el sol de la victoria
os guie con su luz!
¡Sagrada es nuestra deuda
de eterna gratitud!

CUERVO. Guardémosle de vista
(Señalando al Baron.)
en este calabozo. (Por la choza.)
¡Este hombre es un tunante...
por esto... y por lo otro!...
En tanto que á estos sitios
no vuelva el Capitan,
pues soy yo su «*alter ego*»
me toca á mi mandar!

BARON. El Conde es un farsante,
un tuno y un faccioso,
que come á dos carrillos
con unos y con otros.
Si vencen los franceses,
como es muy natural,
le pego cuatro tiros...
y no le vemos más!

GUERRILL. La noche se avecina,
volved, Capitan, pronto:
cumpliendo vuestras órdenes
aquí estaremos todos.
Mañana á los franceses
sabremos derrotar
al grito sacrosanto

de ¡España y libertad!

—

(Los Guerrilleros despiden á Cárlos que sube por la montaña con Elena y Pilar: el Conde los sigue blandiendo su espada con entusiasmo. Cuervo empuja al Baron metiéndole en la cabaña, donde le deja custodiado por algunos Guerrilleros, marchándose en seguida con Cárlos y el Conde. Gran animacion y movimiento general en todo este cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cláustro de un convento arruinado. Las puertas de tres celdas á la derecha. Á la izquierda un arco destruido, por el que se vé parte de un patio que figura dar al campo. Maderos quemados y piedras apiladas al foro, indican los restos de un incendio reciente. Al levantarse el telon, empieza á amanecer. En el patio se ven algunos Guerrilleros durmiendo: otros de centinela. En la escena Cárlos y Cuervo. Preludio en la orquesta: al concluir éste se oye muy á lo léjos el toque de diana.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, CUERVO, despues GUERRILLEROS.

MUSICA

GUERRILL. ¡Arriba, compañeros! (Dentro.)
el dia apunta ya;
sin duda el enemigo
muy cerca debe estar.

CARLOS. Aliento dá al espíritu,
valor al pecho dá,
oir de la diana
la música marcial.

CUERVO. Convento ó campamento,
señores; ¿qué más dá

maitines ó diana,
si todo es madrugrar?

GUERRILL. ¡Adentro, compañeros! (Entrando.)
¡aquí está el Capitan!
Dispuesto el nuevo dia
encuentre á cada cual.

—

CARLOS. ¡Entrad! ¡entrad!
¡hoy nuestra victoria
el sol vá alumbrar!

CUERVO. ¡Llegad! ¡llegad!
Estos madrugones
¿cuándo acabarán?

—

CARLOS. ¡La órden!

CUERVO. ¡La órden!
¡Aprisa, á formar!

GUERRILL. Pase á recibirla
la oficialidad.

(Se adelantan los cuatro oficiales y saludan militarmente á Cárlos y Cuervo. En línea recta y de espaldas á estos presentando las armas, están los Guerrilleros.)

CARLOS. (Á los oficiales reservadamente.)
Los franceses invaden
la carretera,
perseguidos por *Príncipe,*
Borbon y *Albuera.*
Nosotros hoy formamos
la retaguardia,
cortando al enemigo
la retirada.
Nuestro puesto es el puente
que está á cien pasos;
la órden muy sencilla...
¡*morir matando*!

CUERVO. ¡Es una friolera!

CARLOS. ¿Estais conformes?

CUERVO. ¡En matar, convenidos;
en morir, nones!

CARLOS. ¡Al puente, compañeros,
y nadie chiste!

OFICIALES. Se ha acabado la órden.

(Se vuelven á un tiempo los Guerrilleros de frente al público.)

CUERVO. ¡*Laus tibi Cristi*!

—

Tocad á diana...

(Á la banda que está en el foro.)

CARLOS. (Deteniéndolos.)

Un momento.
Esa es la órden general,
pero yo tengo que darte (Á Cuervo.)
la mia particular.

CUERVO. ¿Otra más?

CARLOS. Otra más.

CUERVO. Órdenes... bandos... decretos!...
¡Cómo nos gusta mandar!

—

CARLOS. (Ven aquí aparte.)

(Bajándole á la izquierda.)

CUERVO. (¡Aparte voy!)

CARLOS. (Si eres valiente
voy á ver hoy.)

CUERVO. (¿Si soy valiente?
¡por Belcebú!

CARLOS. ¡Tocad diana! (Á la banda.)
Escucha tú. (Á Cuervo.)

(Mientras Cárlos y Cuervo hablan en secreto y gesticulan, la banda baja al centro de la escena y toca diana. Los Oficiales y Guerrilleros la escuchan con alegría Al concluir todos se retiran algo al foro para que se oiga bien el diálogo de Cárlos y Cuervo.)

CUERVO. (¡Ave María!)

CARLOS. (Lo mando así;
aunque muramos
todos aquí!)

CUERVO. (Serás servido.)

CARLOS. (Á los Guerrilleros.)

¡Al puente ya!

CUERVO. (¡Oh! qué sublime
barbaridad!)

—

CARLOS. (Á los Guerrilleros.)

¡Marchad! ¡marchad!
CUERVO. Un abrazo, compañeros!
¡por si no nos vemos más!
(Abrazando á los Guerrilleros.)
GUERRILL. ¿Qué sucede? (Á Cuervo.)
CUERVO. ¡Una bicoca!
CARLOS. (¡Basta, Cuervo!)
CUERVO. (Bien está!
ellos al puente, yo al vado,
aprendamos, á volar!)
GUERRILL. ¡Marchemos que es tarde!
CARLOS. ¡Ya os sigo, marchad!
CUERVO. (¡*Requiescant in pace*!
¡Aquí hay funeral!)

—

GUERRILL. Aliento dá al espíritu,
valor al pecho dá,
oir de la diana
la música marcial!
(Vánse los Guerrilleros por la izquierda precedidos de la banda tocando la diana cuyo sonido se pierde á lo léjos.)

ESCENA II.

CÁRLOS, CUERVO.

HABLADO.

CUERVO. ¡Pero hombre!...
CARLOS. (Señalando los escombros.) ¡Abajo y silencio!
CUERVO. Reflexiona...
CARLOS. ¡No hay que hablar!
CUERVO. ¡Ahí te quedas, mundo amargo!
(Al público.)
CARLOS. Valor y serenidad!
CUERVO. Yo en la tierra siempre he sido
un hombre de armas tomar,
pero debajo de tierra
no respondo...

CARLOS. ¿Qué más dá?
¡morir por morir!...

CUERVO. En eso
tienes razon. Entre dar
á los buitres y á los grajos
gaudeamus episcopal,
ó morir en la bodega,
entre Jeréz y coñac,
estoy por mi muerte!

CARLOS. (Empujándole hácia el foro.) ¡Pronto!

CUERVO. (Empezando á bajar al foso por entre los maderos y escombros.)
No equivoques la señal,
y volemos sin motivo!
(Mirando á las celdas, cuando ya se le vé sólo la cabeza.)
Expresiones á Papá,
y á Elena tu cara esposa,
y á la hechicera Pilar...

CARLOS. ¡Oh! (Con impaciencia.)

CUERVO. ¡Y hasta que nos veamos,
en la corte celestial! (Desapareciendo.)

ESCENA III.

CÁRLOS, á poco PILAR por la celda primera.

CARLOS. ¡Hay que precaverlo todo!
Si por un maldito azar
de la guerra, los franceses
desbaratan nuestro plan
y nos derrotan, muramos
como buenos.

PILAR. (Saliendo.) Aquí está.

CARLOS. Ya iba á llamarte.

PILAR. (Con ansiedad.) ¡Tiempo era!

CARLOS. ¿Y Elena?

PILAR. Mi hermana, acaba
de portarse como brava
con todos, ¿quién lo creyera?

CARLOS. ¿Y en qué su valor se funda?
(Gran energía en toda la relacion siguiente:)

PILAR. Quieren que á usted abandone
y se apreste á la coyunda,
mi padre, á quien Dios perdone,
y el otro, á quien Dios confunda.
¡Los dos son á cual más lerdo;
y ella que guarda el recuerdo
de un marido más galan
y no practica el refran
de «si te ví no me acuerdo,»
dice terminantemente,
que no quiere por pariente
al Baron afrancesado;
y que ella ya se ha casado
ventajosísimamente! (Muy marcado.)
¡Llueven voces y consejos;
riñe Padre; el Baron rabia;
yo la aplaudo desde léjos;
ella llora; y los dos viejos
de estupor están en bábia!
¡Dejo caseras delicias,
y á la puerta me dirijo
para darle estas noticias...
ya las sabe usted!... ¡albricias!
¡y me vuelvo á mi escondrijo!
(Queriendo irse.)

CARLOS. (Cogiéndole la mano y queriendo besársela.)
No sin que ántes, niña hermosa,
á tu mano generosa
confie mis alegrías.

PILAR. (Retirando la mano.)
¡Ay! ¡esas zalamerías
guárdelas para su esposa!
¿Qué quiere usted?... ¡soy tan rara!
que en oyendo amor, me arredro,
cual si de mí se tratara.
¡Bien se está en Roma San Pedro
y los labios en su cara!

CARLOS. ¿Se ha enojado usted?

PILAR. ¡No es eso!

CARLOS. ¡De mi afecto fraternal
quizá pequé en el exceso:
juro á usted!...

PILAR. ¡Si lo del beso
no me ha parecido mal!
¡Pero yo un dia me ví
al espejo, y decidí,
yo no sé si mal ó bien,
que los besos que me den,
han de dármelos *á mí!*...
Porque estos besos-correos
que friamente me alaban,
y se imprimen sin rodeos,
y se estampan sin deseos,
y aquí empiezan... y allí acaban,
(Señalando primero su mano y despues la puerta de la celda donde entró Elena.)
son besos de quita y pon
que no dejan ni señal.
Yo agradezco la intencion,
más dejemos, es razon,
sus besos á cada cual.

CARLOS. ¡Yo jamás olvidaré,
que usted mi vida salvó!

PILAR. ¡Mi hermana tan buena fué
al hacer lo que hice yo,
que se casó con usté!
¡Y pues ella es la casada,
suprima usted los excesos
de afecto con su cuñada;
para ella es la fé jurada
las ternuras y los besos!
¡Usted la quiere, y tambien
le ama á usted ella, mejor!
¿no hay divorcio ni desden?
¡pues júrense eterno amor,
y Dios los saque con bien!

CARLOS. Yo quiero verla cuanto ántes.

PILAR. ¡Aquí está! (Viendo salir á Elena.)

CARLOS. ¡Mi Elena! (Yendo á su encuentro.)

PILAR. (Interponiéndose.) ¡Quietos!
¡Yo protejo á los amantes
y me voy... dice Cervantes,
que es oficio de discretos!
(Con malicia. Váse á la celda.)

ESCENA IV.

CÁRLOS, ELENA, despues PILAR.

ELENA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Mi Elena! Ahora mismo
iba á mandarte llamar.
ELENA. Esos toques...
CARLOS. ¡La diana!
ella nos separa.
ELENA. ¡Ah!
pues qué, no nos acompañas
como ayer?
CARLOS. Necesidad
no hay ya de hacerlo. Ausentarme
de aquí, fuera hoy desertar.
Ya habeis descansado. En estas
ruinas con seguridad
y abrigo la noche entera
habeis podido pasar.
Urge que ganeis cuanto ántes
la aldea vecina: allá
me reuniré yo esta tarde
con vosotras.
ELENA. ¿Y esperar
aquí no podemos todos?
CARLOS. ¡Imposible! llegarán
hasta aquí las avanzadas
enemigas, y quizá
este convento arruinado,
como puesto militar
estratégico, se tome
por unos y otros...
ELENA. ¿Se da
hoy una batalla, y tú
quieres hacerme marchar?
(Cogiéndole las manos con pasion.)
¡No, Cárlos mio! ¡yo quiero
quedarme aquí! Tú verás
como soy valiente... Yo

no me debo separar
de tu lado...

CÁRLOS. Tu presencia
aumentando mi ansiedad,
añadiría á los riesgos
del combate, un riesgo más.
¡Yo defenderé mi vida
mejor, porque es tuya ya,
si estais en lugar seguro!

ELENA. ¡Cárlos! (Con emocion.)

CARLOS. Tú debes velar
por tu padre y por tu hermana.
¡Partid cuanto ántes: marchad
sin perder tiempo!

ELENA. ¡Dios mio!
¡sí no te vuelvo á ver más!

CARLOS. No me quites el valor
que necesito. ¡Mi afan,
mi gloria, sólo está en tí!
¡No me olvides tú! (Con pasion.)

ELENA. ¡Jamás!

MUSICA.

CARLOS. ¡Ya el venturoso dia
por fin llegó,
en que la pátria mia
libre se vea
de su opresor!

ELENA. ¡No olvides, Cárlos mio,
que dejo aquí
mi sueño, mi albedrío,
mi vida entera
que es para tí!

—

CARLOS. España va á ser libre:
tu esposo yo.

ELENA. ¡No hay dicha más completa
para mi amor!

CARLOS. ¡Vuelva á surcar la tierra
la reja del arado:

trueques por la esteva
la espada del soldado;
y vean nuestros hijos,
en más dichosa edad,
venturas en su pátria,
virtudes en su hogar!

ELENA. Renazca á los amores
el pecho acongojado
que tiembla por la vida
del ser idolatrado!
y hagan latir con júbilo
mi amante corazon,
la gloria de mi pátria
la dicha de mi amor.

—

LOS DOS. ¡Luzca en tan bello día
mas claro el sol!
¡Qué hermoso es, pátria mía,
viéndote libre
ser español!

—

CARLOS. ¡Adios, vida mía!
¡ya soy venturoso!
ya nada me apena
¡en siendo tu esposo!
¡Confía y espera,
ten calma y valor!
pues son solo tuyas
vi vida y mi amor.

ELENA. Si ayer el combate
causó tu alegría,
hoy puede tu muerte
causarme la mía;
no olvides que presa
de ciego terror,
te esperan mis brazos,
te aguarda mi amor!

PILAR. (Bajando rápidamente al proscenio desde la celda.)
¡Eso es hablar claro;
cesó la querella:
á escape; valiente! (Animando á Cárlos.)
¡yo velo por ella! (Abrazando á Elena.)

¡De aquí partiremos
con brío y valor,
te esperan sus brazos, (Á Cárlos.)
te aguarda su amor! (Á Elena.)

CARLOS. Adios.
ELENA. Adios.
CARLOS. ¡Tu vida es mi vida!
ELENA. ¡Mi dicha es tu amor!
CARLOS. ¡Adios!
ELENA. ¡Adios!
CARLOS. ¡Adios! (Yéndose por la derecha.)
ELENA y PILAR. ¡Adios! (Pilar deteniendo á Elena.)

ESCENA V.

ELENA y PILAR.

HABLADO.

ELENA. ¡Se vá, Pilar! (Sollozando.)
PILAR. (Animándola.) ¡Ya lo creo!
Pues no, que aquí se iba á estar;
(Ridiculizándolos.)
«¿Me quieres?»... ¡mas que tú á mí!...
«Cuanto te amo»... ¡yo á tí más!...
«¿Y me querrás siempre?» ¡siempre!
«Y yo á tí»... ¡y vuelta á empezar!
¡Los hombres han de ser hombres!
y aquí lo más principal
es matar franceses! Tiempo
habrá para lo demás.
ELENA. ¿Luego es cierta la batalla? (Con terror.)
PILAR. Yo no sé si lo será;
más desde la celosía
del cláustro se ven brillar
á lo lejos bayonetas;
se escucha el toque marcial
de trompetas y tambores;
se enturbia la claridad
del sol por nubes de pólvora,
y el lejano galopar

de los caballos, y el ruido
de la artillería, dán,
al corazon más apático,
espíritu militar! (Con entusiasmo.)

ELENA. Salgamos de aquí cuanto ántes.
¡Cárlos lo ha exigido!...

PILAR. ¡Ya!
¿y dónde vamos?

ELENA. La aldea
vecina dista lo más
media legua corta. Á pié
podemos allí llegar
sin ser molestados, ántes
que estas ruinas, porque están
frente al puente, servir puedan
de fortin ó de vivac!

PILAR. ¡Lenguaje guerrero! ¡Tienes
razon de sobra! ¡Papá! (Llamando.)

ELENA. ¿Quién había de decirnos
cuando hoy creimos pisar
en salvo el suelo francés,
que con más pena y afán
que ayer, en tierra de España
aún habíamos de estar?
¿Qué vá á ser hoy de nosotros?

PILAR. Culpa es de la tempestad
de anoche. ¡Truenos, relámpagos,
el diluvio universal!
Al llegar á las paredes
de este, que fué en santa paz,
mi insoportable convento,
no podiamos andar.
¿Qué hacer? guarecerse en él:
dormir algo, bien ó mal:
esperar al nuevo día,
y concluir de arreglar
con mi querido cuñado
tu conflicto conyugal.
¡Padre!... ¡Padre!... ¡no te aflijas,
y vámonos, que aquí está!

ESCENA VI.

DICHAS, el CONDE por la celda, apresuradamente.

CONDE. ¿Qué gritos son estos?
PILAR. ¿Estos?
que estamos aquí demás.
¡Que ha empezado la batalla!
CONDE. ¿Sí? Pues ya se acabará.
Yo no me muevo de aquí.
¿Qué te matan? Ahí verás.
¿Qué os matan? ¡Cómo ha de ser!
¿Qué nos matan? ¡Me es igual!
¡Yo ya no tengo valor,
ni piernas, ni voluntad
para resistir más tiempo
esta obstinacion tenaz
de la suerte!
PILAR. ¿Pero padre:
no valían mucho más
que nosotros, San José
y la Vírgen?
CONDE. Sí, es verdad,
pero...
PILAR. ¡Y huyeron á Egipto!
CONDE. Tenían un animal...
PILAR. Tambien nosotros tenemos
al Baron... ¿En dónde está?
CONDE. ¡Niña! ¿Qué es eso?
ELENA. Mi esposo...
CONDE. ¿Tu esposo? (Con enojo.)
ELENA. Ántes de marchar
con su guerrilla, ha dispuesto
que secundemos su plan.
CONDE. ¿Su plan? ¡Bueno será él!
PILAR. ¡Estas ruinas van á estar
ocupadas hoy por unos
y por otros, aquí habrá
tiros, sablazos y sangre...
y degüello general!

CONDE. ¡Qué lo haya! ¡Eso quiero!
ELENA. ¡Padre!
CONDE. ¡Que nos maten sin tardar
á todos juntos, y á ver
si así nos dejan en paz!
PILAR. ¡Pues yo no quiero morir...
y me voy, y se vendrá
Elena conmigo; y tú,
si tu indiferencia es tal,
te quedas con el Baron;
y Cárlos nos salvará;
y á tí no; y nos marcharemos
con él!...
CONDE. (Fuera de sí.) ¡Y nos llevarán
los demonios á los cuatro!
pero el Guerrillero audáz
que nos ha perdido á todos,
no será mi hijo jamás!
¡En marcha! ¡Baron!
(Llamando á gritos.)
BARON. (Saliendo apresuradamente.)
¿Qué ocurre?

ESCENA VII.

DICHOS, el BARON por la misma celda.

CONDE. ¡Aquí de mi autoridad!
¡Coja usted á su mujer (Al Baron.)
del brazo!
ELENA. (Resistiéndose.) ¡Pero, papá!...
CONDE. Tú del mio... (Á Pilar.)
PILAR. ¡Pero, padre!...
CONDE. ¡Pronto! á correr sin parar!
no nos vuelva á ver el pelo
el grandísimo truhan!
¡Á galope, á escape, y hasta
el valle de Josafat!
PILAR. (¡Esto es peor!) (Ap. á Elena.)
BARON. (Al Conde.) Un momento.
CONDE. ¡Ni un segundo!
BARON. ¡Suegro! Ya

que me salvé por milagro
ayer de aquel sacristan
de los demonios, y á ustedes
me uní por casualidad:
si hemos pasado la noche
tranquilos ¿por qué no estar
aquí ocultos?

CONDE. (Interrumpiéndole.) ¡Porque esto
vá á convertirse en vivac...
en trinchera... en parapeto...
en fortín... ó en hospital!
¡Y mis hijas tienen miedo!

BARON. ¿Qué es miedo?

CONDE. ¡Y yo tengo más!

BARON. ¡Miedo! (Con énfasis.)

CONDE. ¡Y usted más que yo!

BARON. Lo que es yo...

CONDE. Y basta de habla ...
andando.

PILAR. ¡Al punto salimos;
(Cogiendo á Elena de la mano.)
recoger es esencial
los poquísimos objetos
que trajimos!

CONDE. Es verdad,
pronto, á recoger el hato
como los gitanos... ¡Ah!
¡mi cartera y las alhajas,
en la alacenilla están
de la celda!

ELENA. (Acercándose á él.) ¡Padre!...

PILAR. Pronto
saldremos. (Él se vendrá
(Ap. á Elena.)
tras nosotras. Por la huerta
lograremos escapar...)
(Llevándosela por la celda primera.)

ESCENA VIII.

EL CONDE y el BARON.

BARON. Pero ¿nos vamos de veras?
CONDE. ¡Sí, señor!
BARON. ¿Y á dónde?
CONDE. ¡Á dar
el más sublime espectáculo
que ha visto la cristiandad!
¡Ya me he cansado de ser
cobarde! he de presenciar,
la decisiva batalla. (Paseándose.)
Ser un héroe... ¡Usted verá!
fuego... ¡Pún!... ¡paso de ataque!
¡Pún!... ¡preparen!... ¡Rataplán!
(Imitando el sonido del tambor.)
¡Apunten!... ¡Tatatí... ¡Fuego!
(Imitando la corneta.)
¡Cataplún!... ¡Qué atrocidad!
(Dando un puntapié á algunos escombros del foro. Cuervo asoma la cabeza por entre ellos: el Conde y el Baron retroceden asustados al verle.)

ESCENA IX.

EL CONDE, el BARON y CUERVO.

MUSICA.

BARON. (El Sacristancillo
revolucionario,
que gasta trabuco
en vez de incensario!)
CONDE. (El ayuda misas;
el sochantre pillo;
medio guerrillero,

medio monaguillo!)

CUERVO. (Bajando al proscenio.)
(¡El Conde franchute
y el nécio Baron!
¡Á estos no los salva
ni la Extremauncion!)

—

CONDE. ¿Qué dice este monago?
BARON. ¿Qué charla este beduino?
CUERVO. Que el que entra en este cláustro
de aquí no sale vivo!
¿En dónde están sus hijas? (Al Conde.)
CONDE. Al punto aquí saldrán.
CUERVO. ¡Huid los cuatro á escape
sino quereis volar!

—

CONDE. ¡Falsa es la amenaza!
BARON. ¡No veo el peligro!
CUERVO. ¡Si aquí permanecen
Dóminus vobiscum!
¡Saldrán por los aires
haciéndose cruces,
sin «*Agnus Dei quitolis*
pecata mundi!»
CONDE. ¡Quiere intimidarnos!
BARON. ¡No veo aquí riesgo!
CUERVO. Oid, pobres gentes
el grave secreto.
Ó al punto se largan
los cuatro veloces.
Ó «*ruega por nosotros*
los pecadores!»

—

BARON. ¿Por qué?
CONDE. ¿Por qué?
CUERVO. ¿Por qué?
CONDE y BARON. ¿Por qué?
CUERVO. ¡Porque este Dómine
que ustedes ven,
es hoy de Júpiter
trasunto fiel!

(Cogiendo á cada uno de una mano y diciendo lo que sigue con grandísimo misterio.)

Hay en la bodega
junto á la cocina,
cuatro barrilitos
de pólvora fina...
Y por un taladro
que llega hasta allí...
(Señalando al foro.)
diez varas de mecha
atada por mí!
Cuando llegue la ocasion...
y aquí venga un peloton
con mi piedra y eslabon...
facilito la explosion...
¡Y... Pon!...
(Fuertísimo en la orquesta.)
¡Como Júpiter tonante
con un rayo fulminante...
los reduzco á chicharron!

—

CONDE y BARON. ¡Y... Pon!...
(¡Este tio es un tunante,
y cual Júpiter tonante
nos convierte en chicharron!)

—

¡Qué horrible proyecto!
¡qué bárbaro plan!
¡y un hombre de iglesia
lo puede pensar!
Huyamos al punto
que no quiero ver
quemados mis huesos
tostada mi piel.

CUERVO. Y si los franceses (Pianísimo.)
hoy en la pelea
quieren de este cláustro
hacer su trinchera,
con esa mechita
prendida por mí
saldrán por los aires
en trozos así.

(Señalando con el dedo índice y pulgar.)
Yo me escondo en un rincon (Crescendo.)
y con mucha precaucion...
cuando vea el peloton...
de tantísimo bribon...
¡Pon! (Fuertísimo en la orquesta.)
Como Júpiter tonante
con un rayo fulminante
doy yo fin á la funcion.
¡Y pon!

CONDE y BARON. (Este tio es un tunante
y concluye en un instante
con el Conde y el Baron, etc.)

HABLADO.

CONDE. ¿Eso será una bromita? (Á Cuervo con miedo.)
CUERVO. ¡Una broma fulminante
que principia en esos sótanos
y concluye por los aires!
CONDE. Pero vuestro Capitan
que nos aprecia, y que sabe
que estamos aquí...
CUERVO. Él me ha dado
esta órden terminante:
«Mi familia...» él no tiene otra
(Á un gesto de disgusto del Conde.)
más que su mujer; el padre
de su mujer y la hermana
de su mujer...
CONDE. (Con sonrisa forzada.) ¡Adelante!
CUERVO. Y el señor... que se ha empeñado
(Por el Baron.)
por fuerza en que ha de casarse
con su mujer... «Mi familia»
me ha dicho, «va á retirarse»
inmediatamente al pueblo
más próximo: allí esperarme
deben todos, sea cual sea
el éxito del combate
que hoy se libra. Este convento

queda abandonado: nadie,
(Se oyen algunos cañonazos y descargas cerradas muy léjos.)
nadie le pisará mientras yo
defienda el puente, distante
un tiro de bala; pero...
si el demonio y sus secuaces
en figura de franceses
sobre mi guerrilla caen,
y la derrotan y pisan
del convento los umbrales,
Deo volente, tú aplicas
á la mecha que tú sabes
una yesca ¡y... pon! ¡Convento,
cláustros, celdas, generales,
soldados, y hasta tú mismo
partículas impalpables!

BARON. ¡Qué barbaridad!

CONDE. ¡Qué espanto!

CUERVO. Conque si quieren librarse
de lo que pueda ocurrir,
ya les he dicho bastante.
Agur, me vuelvo á la cueva:
¡Pícara piedra!
(Encendiendo la yesca con el eslabon.)

CONDE. (Al ver las chispas. ¿Qué haces?

CUERVO. ¡*Omnia mea mecum porto;*
este es todo mi equipaje
y mi arsenal... yesca y lumbre!

CONDE. ¡Espera, bárbaro!
(Aterrado al verle dirigirse al fondo.)

BARON. (Muerto de miedo.) ¡Á escape!
(Vánse corriendo por la primera celda.)

ESCENA X.

CUERVO solo.

(Vuelven á oirse los tiros lejanos.)
¡Bien corren! ¡fuera de ver
que su carrera atajase
alguna bala perdida

de esas que suele encontrarse
el transeunte pacífico,
cuando ménos falta le hace!
¡Ya ha empezado el tiroteo,
y yo, sin poder mezclarme
en la refriega, por este
proyecto semi-salvaje!
(Se oye un cañonazo algo más cerca.)
¡La cosa arrecia! ¡Este cláustro,
tiene ventanas que caen
al campo: yo quiero ver
lo que pasa, á todo trance!
al ménos, ya que no lucho,
iré contando cadáveres.
(Desaparece de la vista del público por la izquierda; pero figurando que está cerca, para que se oiga bien lo que dice:)
¡Qué miro! ¡tropas francesas
vienen huyendo del valle!
¡Se meten en el convento!
¡me van á encontrar, sin nadie
que me defienda, y sin armas!
(Vuelve á entrar en escena muy agitado.)
¡Me matan! ¡Pues yo soy ántes!
¡*Requiescat*! ¡Fuego á la mecha!
¡Cuando lleguen esos cafres
aquí, estallan los barriles
y no hay uno que se salve!
(Prende fuego á la mecha con la yesca.)
Ya está; quedan seis segundos:
(Echa la bendicion hácia el cláustro de la izquierda y sale corriendo por la primera celda. Música muy piano en la orquesta.)
¡¡*Itæ misa est*!! ¡¡*A escape*!!!
(Se oyen dentro voces de ¡*Victoria*! y *vivas*. Un momento despues se verifica la explosion de la pólvora, en el foro, hundiéndose y volando los maderos y escombros, arruinándose todo el cláustro que cierra la decoracion y viéndose á lo lejos el panorama de la retirada del ejército francés en la batalla de Vitoria, tal como se describe en la novela de *Perez Galdós*, titulada: «*El equipaje*

del Rey José.» Continúa la música en la orquesta sin estorbar el diálogo.)

ESCENA XIV.

TODOS LOS PERSONAJES de la obra, escepto el BARON, que llenan la escena, por la derecha.

HABLADO.

GUERRIL. ¡Victoria!
(Entrando despues de una pausa con banderas francesas en la mano.)
ELENA. Cárlos!
CARLOS. ¡Mi Elena! (Abrazándose.)
PILAR. En huir tuve yo acierto...
CONDE. ¿Estoy vivo ó estoy muerto?
(Tocándose el cuerpo.)
CUERVO. ¡Se ha escapado usted de buena!
¿Y el Baron? (Al Conde)
CONDE. (Con entusiasmo) ¡Huyendo va!
¡como un cobarde que es!!
CARLOS. ¡El ejército francés
está derrotado ya!
Mira el cuadro, pátria mía,
de los campos de Vitoria,
y conserva en tu memoria
la batalla de este día;
y di á tus hijos tambien,
que hoy volvió de su desmayo
la España del dos de Mayo,
de Zaragoza y Bailén!
(Música fuerte en la orquesta, recordando alguno de los motivos de la obra.)
(Telon pausado.)

FIN DE LA ZARZUELA.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.